

Bajo los rascacielos *(Manhattan Cota -20)*

Jerónimo López Mozo

PERSONAJES

THOMAS EVANS (32 años)

GARY BRUNER (50 años)

PETER LARSON (18 años)

CAROLYN DOLL (28 años)

DONALD ROSTER (57 años)

SANDRA HOLT (45 años)

- I -

Sobre una pantalla situada en primer término, se reproduce palabra a palabra el texto que alguien redacta al mismo tiempo que lo teclea en un ordenador:

«El 11 de septiembre de 2001, a las ocho y media de la mañana, miles de personas estaban en las torres gemelas del World Trade Center, en Nueva York. Minutos después, un Boeing 767 se estrelló contra la Torre Norte a la altura de la planta ochenta y cinco. Más tarde, otro *boeing* lo hizo contra la Torre Sur. La primera reacción de los que vieron desplomarse los edificios en llamas fue de estupor. Luego vino el pánico. Nadie, después de aquello, se consideró seguro.

Los ciudadanos temían que la tragedia pudiera repetirse sin que fueran capaces de hacer nada por evitarla. Se sentían vulnerables. Algunas familias trasladaron su residencia a zonas rurales. Pero la

inmensa mayoría no lo hizo. Procuraba olvidar lo sucedido. Era difícil hacerlo sin ayuda de tranquilizantes. Creció el consumo de alcohol y de drogas. Al cabo de un año, eran muchos los que seguían viviendo bajo el recuerdo del traumático suceso. El miedo se había instalado en sus vidas. Persistía la angustia por un futuro incierto. A los hospitales seguían y siguen acudiendo gentes deprimidas o que no han vuelto a conciliar el sueño, atormentadas por pesadillas o presas de crisis de ansiedad. Todo esto es cierto. Como lo es que las declaraciones de Tom Ridge, conocido como el Zar de la lucha antiterrorista, afirmando que antes o después habrá más atentados, no ayudan a salir del agujero negro. Lo que resulta menos creíble es que, al amparo de la situación, alguna compañía de seguros ofreciera de forma discreta a sus mejores clientes suscribir pólizas garantizando que, en caso de amenaza terrorista, podrían alojarse en refugios subterráneos construidos en la isla de Manhattan. La estancia se prolongaría durante el tiempo que durase la alarma o los efectos de la acción criminal. Sin embargo, sabemos que dichos refugios existen y que al menos uno de ellos fue utilizado poco después del primer aniversario del trágico suceso. Es posible que sus ocupantes fueran advertidos de la inminencia de un atentado que finalmente no tuvo lugar...».

Poco antes, THOMAS EVANS, un hombre joven que porta un maletín de ejecutivo, ha entrado por un lateral y se ha situado frente a la pantalla. Al leer las últimas frases, niega con la cabeza.

THOMAS.- No, no fue exactamente así. En efecto, hubo un aviso confidencial que alertaba de la posibilidad de que se produjera un atentado con armas químicas o bacteriológicas. Pero cuando la información llegó a la compañía, nuestros clientes y yo llevábamos más una hora en el refugio.

(La proyección del texto se interrumpe. THOMAS se vuelve hacia el público.)

THOMAS.- Me llamo Thomas Evans. Pertenezco al departamento de relaciones públicas de la compañía de

seguros RNH. Aquel día habíamos invitado a nuestros clientes a visitar el refugio. Queríamos que lo conocieran, informarles de todo lo referente a su estancia en el caso de que se vieran obligados a hacer uso de él, pedir su opinión, atender, en la medida de lo posible, sus sugerencias... Yo mismo les recibí a la entrada de nuestras oficinas. Nos dirigimos al ascensor y descendimos hasta la cota menos veinte... Los refugios están bajo el edificio. Éste, en concreto, en la cota menos veinte. Desde el ascensor se accede directamente a una amplia sala...

(La pantalla se ha ido haciendo translúcida y tras el texto se vislumbra una espaciosa sala con las paredes de cemento visto y el techo tan alto que se pierde en el telar. El mobiliario es sucinto y funcional: una mesa alargada, cinco sillones dispuestos a su alrededor, una cadena musical y un aparato de vídeo. En un rincón, varias cajas de cartón apiladas, algunos objetos embalados, latas de pintura y diversos útiles de carpintería. Además de la del ascensor, hay otras cinco puertas correspondientes a otros tantos apartamentos alineados junto a la pared del fondo y construidos con paneles prefabricados.

Cuando desaparece la pantalla, vemos a un hombre de unos cincuenta años bien trajeado que, desde uno de los sillones, contempla con gesto adusto la estancia. A unos pasos, de pie, hay otro hombre, que representa algunos años más. Algo alejada de ambos, una mujer próxima a la treintena, luce un ajustado traje de chaqueta rojo, con el que combinan los zapatos de tacón y un bolso de bandolera. Completa el grupo, un joven que viste prendas deportivas.)

THOMAS.- (Depositando el maletín sobre la mesa.) La mujer de rojo es la señorita Doll, Carolyn Doll. La persona que está sentada es Gary Bruner, un hombre de negocios. El otro caballero, el del pantalón beis y la chaqueta marrón, se llama Donald Roster. Es el dueño de una saneada empresa de mensajería. Y el muchacho de la gorra con la visera en el cogote, es Peter Larson. La mochila que hay a su lado, en el suelo, es suya. **(Adentrándose en la sala.)** ¿Estamos todos?

PETER.- Falta una señora...

THOMAS.- Sandra Holt. **(Golpeando suavemente la puerta del único habitáculo que permanece cerrado.)**

Señorita Holt... ¿Está lista?

VOZ DE SANDRA.- Un momento, por favor. Enseguida estoy con ustedes.

(Se oye la descarga de una cisterna. Enseguida, aparece SANDRA. Ya ha cumplido los cuarenta y cinco. Viste un traje sastre de hechura clásica y tonos apagados. Lleva el bolso abierto.)

SANDRA.- (Al tiempo que lo cierra.) ¡Ya!

THOMAS.- Y bien, ¿qué les parece el refugio?

DONALD.- (Corrigiéndole.) El búnker.

THOMAS.- ¿Perdón...?

DONALD.- El búnker. (A los demás.) ¿Están de acuerdo?

CAROLYN.- Desde luego, no es el sitio ideal para pasar una temporada divertida.

THOMAS.- No está concebido como lugar de vacaciones. Hemos procurado que reúna las condiciones necesarias para una breve estancia. Los apartamentos disponen de lo imprescindible: cama, armario, cuarto de aseo con ducha, pequeña cocina, frigorífico, plancha... Los cinco son iguales. Y como habrán podido observar, todos están preparados para su uso inmediato. En los armarios hay varios juegos de ropa de cama y de toallas. También encontrarán lo necesario para su aseo personal... Y la despensa bien surtida. Hay comida y bebida para todos los gustos. Sin embargo, eso no quiere decir que no estemos abiertos a realizar cualquier cambio que ustedes nos propongan. De lo que se trata es de, llegado el caso, proporcionarles una estancia cómoda y agradable. Haremos cuanto esté en nuestras manos para atender cualquier sugerencia que nos hagan en ese sentido.

SANDRA.- ¿Es posible que nos cambien el papel higiénico?

THOMAS.- ¡Por supuesto, señorita Holt! Comuníquenos la marca que desea...

SANDRA.- La marca no importa, siempre que sea acolchado.

THOMAS.- Lo tendrá acolchado. (**A todos.**) Es importante que los que estén en tratamiento médico no olviden sus fármacos. Una vez aquí, no es posible salir hasta que finalice la alarma. Ahora, si me lo permiten, les pondré al tanto de algunas cuestiones importantes. Deben estar localizables siempre en las direcciones y teléfonos que nos han facilitado. Cualquier cambio de residencia, han de comunicárnoslo. Recuerden que, desde que se produce la alarma, el tiempo del que disponen para acudir al refugio es escaso. Pueden traer cuantos objetos personales deseen, excepto armas y tabaco. Está prohibido fumar. El punto de encuentro será el mismo de hoy: la entrada de nuestras oficinas. Luego serán trasladados aquí.

GARY.- ¿En el ascensor?

THOMAS.- Es la única vía de acceso.

SANDRA.- ¿No hay otra?

THOMAS.- No. ¿Algún problema?

SANDRA.- Hubiera sido conveniente disponer de salida de emergencia. (**A los demás.**) ¿No les parece?

DONALD.- Tiene razón, señorita.

SANDRA.- No me gustan los espacios cerrados.

DONALD.- Confieso que a mí tampoco.

SANDRA.- Es un consuelo dar con alguien que te comprende, señor... ¿Cuál dijo que era su nombre?

DONALD.- Donald. Donald Roster.

THOMAS.- (**Señalando un panel que hay junto al ascensor.**) Este piloto de color verde indica, mientras está encendido, como ahora, que no hay peligro. Cuando se produce alguna alarma, se apaga y, según la gravedad de la amenaza, se enciende uno de estos otros pilotos. Azul, amarillo, naranja y rojo. El rojo corresponde a la situación de máximo riesgo. Una vez que se restablece la normalidad, vuelve a encenderse la luz verde. Deben saber que este código de colores coincide con el aprobado por Washington para alertar a la población.

PETER.- Señor Evans...

THOMAS.- Diga...

PETER.- Durante el tiempo que permanezcamos aquí, ¿no tendremos contacto con el exterior?

THOMAS.- Por supuesto que sí.

SANDRA.- (**Respirando hondo.**) ¡Que alivio! No me atrevía a preguntarlo.

THOMAS.- En primer lugar, mientras estén encendidos los pilotos azul, amarillo o naranja podrán abandonar el refugio y regresar a él cuando lo deseen. Por otra parte, en esta pantalla recibirán noticias de lo que sucede fuera. Basta pulsar este botón para abrir el sistema. (**PETER le pulsa.**) Todavía no está operativo.

PETER.- (**Algo decepcionado.**) ¡Vaya!

THOMAS.- También podrán enviar mensajes a nuestra central. Dispondrán de un teclado. El funcionamiento es muy parecido al del correo electrónico.

PETER.- Estupendo.

THOMAS.- Únicamente, si el piloto que está encendido es el rojo, el refugio quedará totalmente bloqueado y no será posible abandonarlo hasta que la situación en el exterior cambie. ¿Alguna pregunta?

DONALD.- Un ruego.

THOMAS.- Adelante.

DONALD.- ¿No podría hacerse algo para que el búnker tenga un aspecto más acogedor?

THOMAS.- Lo tendrá. De momento, sólo se han instalado los sillones, la mesa y el equipo de música y vídeo. A propósito, les pediré que me envíen una relación de sus canciones y películas favoritas para adquirirlas. También pueden pedir libros. Cuando hayamos incorporado los detalles que faltan, cambiará de opinión, señor Roster. Será en los próximos días. (**Señalando las cajas y las herramientas.**) Parte de los materiales están en esas cajas. Pueden echarles una ojeada si lo desean, pero tal vez prefieran ver el proyecto de decoración.

CAROLYN.- ¿A qué espera, señor Evans?

Se dirige a la mesa seguido de los demás, excepto de Peter, que permanece curioseando el panel. Abre el maletín, extrae los bocetos y los muestra.

THOMAS.- Pintaremos las paredes de color salmón.

CAROLYN.- ¿Por qué no de blanco?

THOMAS.- Puede ser, si ustedes lo deciden. Estamos a tiempo de elegir lo que más nos guste.

DONALD.- ¿Qué más da un color que otro? Mientras no se queden como están...

GARY.- Tiene su importancia.

THOMAS.- Podemos discutirlo luego, si les parece.

SANDRA.- ¿Cree que nos pondremos de acuerdo?

CAROLYN.- ¿Por qué no?

THOMAS.- (Señalando la pared que tiene mayor superficie.) Ahí irá un cuadro.

CAROLYN.- (Contemplando uno de los dibujos.) ¿Éste?

THOMAS.- No necesariamente.

GARY.- (Por el boceto.) ¿Me permite? (Lo coge y trata de imaginarlo en la pared desnuda.) Esa pared pide un paisaje.

DONALD.- Odio los paisajes.

SANDRA.- ¿No estará pensando en una pintura abstracta?

DONALD.- No, pero ya que lo dice, no estaría nada mal, ¿eh? (Abarcando la pared con los brazos extendidos.) «Océano en gris»... Quizás «Los jardines del cielo».

SANDRA.- Señor Bruner, la idea del paisaje me agrada. Cuente con mi apoyo. Todo antes que consentir que cuelguen ahí una mamarrachada llena de garabatos.

DONALD.- Nadie le obligará a contemplar el cuadro.

SANDRA.- Prefiero que no esté. Si lo ponen, es muy posible que no salga de mi apartamento.

DONALD.- Si va a privarnos de su presencia, estoy dispuesto a ceder, señorita.

GARY.- Con tantas cortesías, acabarán haciendo buenas migas.

CAROLYN.- (Contemplando otros bocetos.) ¿Han visto las lámparas? (Los va pasando.) ¿No son una belleza?

DONALD.- Lo son, sin duda.

THOMAS.- (A DONALD.) ¿Cree que cuando cada cosa esté en su sitio, esto seguirá pareciendo un búnker?

DONALD.- Confieso que me he precipitado.

GARY.- Rectificar es de sabios.

THOMAS.- Celebro su cambio de opinión.

PETER.- ¡Señor Evans!

THOMAS.- ¿Qué hay?

PETER.- ¡Se ha encendido el piloto rojo!

SANDRA.- ¡Es verdad!

CAROLYN.- Si no estuviera toqueteando los botoncitos... ¿Por qué no viene a ver estos dibujos, jovencito?

PETER.- Sólo estaba mirando el panel.

THOMAS.- (Acercándose.) Veamos.

DONALD.- ¿Tiene idea de lo que ha sucedido?

THOMAS.- Sinceramente, no.

DONALD.- ¿Cómo piensa averiguarlo?

THOMAS.- No soy técnico en la materia...

SANDRA.- Pregunte a los de arriba. Alguien tiene que saberlo.

PETER.- No puedo preguntar. El sistema no está listo para ser utilizado.

GARY.- Suba en el ascensor y entérese.

SANDRA.- ¿Por qué sólo él? Subamos todos.

THOMAS.- Calma. No se alteren. Saben que estamos aquí. En unos minutos vendrán a buscarnos.

SANDRA.- ¿Y si no vienen?

THOMAS.- Vendrán. (A PETER.) ¿Ha observado algo

extraño en el panel, un ruido, algún chispazo, cualquier cosa que le haya llamado la atención?

PETER.- No. Ha sucedido como nos lo ha explicado usted hace un momento. El piloto verde se ha apagado y, en una fracción de segundo, se ha encendido el rojo.

GARY.- Y, según lo previsto, el acceso al refugio ha quedado bloqueado. ¿No ha dicho que cuando se enciende la luz roja...?

(SANDRA se acerca al ascensor. Pega el oído a la puerta y escucha.)

SANDRA.- No se le oye bajar. ¿Por qué no baja?

DONALD.- Ya lo ha dicho el señor Roster. Está bloqueado.

THOMAS.- No tiene por qué estarlo. Ha habido un fallo, posiblemente en el sistema eléctrico. No está en mis manos resolverlo, pero puedo asegurarles que nuestros técnicos subsanaran la avería enseguida. Son muy competentes. Insisto en que nos sacarán de aquí en unos minutos.

SANDRA.- **(Todavía junto a la puerta del ascensor, pendiente del menor ruido.)** ¿En cuántos, señor Evans? Yo no oigo nada.

CAROLYN.- Me temo que el señor Evans está tan en la inopia como nosotros.

GARY.- ¿Tiene alguna idea de lo que está ocurriendo?

THOMAS.- **(Muy confundido.)** Yo diría que, a primera vista... No, señor Bruner, ni la menor idea.

PETER.- Tal vez se haya producido alguna amenaza terrorista.

(Todos se miran perplejos. Se va haciendo el oscuro. Sólo permanece encendido el piloto, cuya luz roja parece flotar en el espacio.)

- II -

Horas después. CAROLYN, DONALD y GARY están sentados alrededor de la mesa. PETER, en el suelo, con la espalda apoyada en la pared. THOMAS, visiblemente nervioso, con el nudo de la corbata aflojado, permanece cerca del panel. La descarga de una cisterna rompe el silencio. Instantes después, SANDRA sale de su apartamento. Está a punto de decir algo, pero, viendo el abatimiento de los demás, desiste. DONALD la observa, mira la hora, hace un gesto de fastidio, se levanta y, tras unos instantes de duda, empieza a caminar de un lado a otro como si midiera la sala.

GARY.- (A CAROLYN.) ¿Dónde estaba el once de septiembre?

CAROLYN.- En mi casa. Vivo en Riverside Drive.

PETER.- Cerca de la Universidad de Columbia.

CAROLYN.- Muy cerca.

GARY.- Lejos del World Trade Center.

CAROLYN.- Exactamente a treinta estaciones de metro.

GARY.- Es una curiosa forma de medir las distancias.

CAROLYN.- La recorrí cinco días a la semana durante cuatro años. Trabajaba en el piso 85 de la Torre Sur.

GARY.- Y ese día...

CAROLYN.- Ya se lo he dicho... Estaba en casa.

GARY.- Tuvo suerte.

CAROLYN.- El día anterior me habían despedido del trabajo.

GARY.- ¡Vaya! Una feliz coincidencia.

CAROLYN.- Aquella mañana, la única mesa vacía era la mía. Todas las demás estaban ocupadas cuando el primer avión...

SANDRA.- Ya sabemos lo que pasó. Lo vimos por televisión.

CAROLYN.- ¿El qué vimos por televisión?

SANDRA.- Los aviones, el incendio de las torres, el hundimiento...

CAROLYN.- El jefe de personal, el que me comunicó que la empresa había decidido prescindir de mis servicios, se arrojó por la ventana.

SANDRA.- No fue el único.

PETER.- Se produjo una lluvia de ahorcados.

SANDRA.- ¿Ahorcados? Querrá decir...

PETER.- Ahorcados. Las corbatas se volvían hacia el cielo. Parecían sogas tiesas.

GARY.- Así que sogas tiesas...

SANDRA.- Fantasías.

CAROLYN.- Yo no lo vi, pero eso mismo me contó mi amiga Linda.

GARY.- ¿Su amiga estaba allí?

CAROLYN.- Sí.

GARY.- Se salvó. Tuvo suerte.

CAROLYN.- Bajó los ochenta y cinco pisos en quince minutos. A diez segundos y medio por tramo.

GARY.- Todo un récord.

CAROLYN.- Y eso que no se quitó los zapatos.

SANDRA.- Supongo que no era imprescindible correr descalza.

CAROLYN.- Tenían unos tacones altísimos.

GARY.- ¿Le dijo por qué no se los quitó?

PETER.- Estaría convencida de que iba a reunirse con Dios y quería tener un aspecto presentable.

CAROLYN.- ¿Cómo lo has adivinado?

PETER.- Mi hermana Candy ce hubiera hecho lo mismo.

CAROLYN.- Por eso no se los quitó, precisamente por eso.

PETER.- Era una posibilidad entre otras muchas.

CAROLYN.- Un error. Se destrozó los pies y necesita calzado ortopédico.

GARY.- ¡Pero vive para contarlo!

SANDRA.- No es la única superviviente.

GARY.- Hubo cientos.

SANDRA.- ¡Miles!

CAROLYN.- Yo me alegro de que Linda estuviera entre ellos. Aunque padezca insomnio y a veces sufra ataques de pánico. No consigue olvidar el momento en el que oyó el estruendo producido por el impacto contra la Torre Norte. Todos los papeles que tenía sobre la mesa volaron. Alguien dijo que había estallado una bomba. Linda echó a correr hacia la escalera. Michel la sujetó del brazo. Michel era un compañero. «Tranquila», le dijo. «Ha sido en la otra torre. Aquí no corremos peligro. Volvamos al trabajo». Linda le hizo caso. Todos hicieron caso a Michel. Alguien sugirió que tal vez deberían telefonar a sus casas para tranquilizar a los suyos. Una buena idea. Linda no tenía a quien llamar. Mientras los demás hablaban, ella miraba por la ventana. «No ha sido una bomba. Ha sido un avión de American Airlines», oyó.

PETER.- El vuelo número once.

CAROLYN.- Linda vio cómo otro avión se acercaba hacia la ventana.

PETER.- El vuelo ciento setenta y cinco de United.

CAROLYN.- El estallido fue tremendo. Los muebles iban de un lado a otro. Unos se metieron debajo de las mesas, otros se quedaron paralizados, con los teléfonos en la mano, sin saber qué decir.

GARY.- ¿Su amiga?

CAROLYN.- Salió del despacho. El vestíbulo estaba lleno de humo. Logró llegar a la escalera.

GARY.- Vería cosas espantosas.

CAROLYN.- Gente en trance, con la mirada perdida. Gente arrastrándose entre los escombros o envuelta en llamas, sin piel, en carne viva. Ascensores reventados llenos de cuerpos destrozados.

SANDRA.- ¡Cállese de una vez!

CAROLYN.- Fue horrible.

(SANDRA regresa precipitadamente a su apartamento. Cierra de un portazo. CAROLYN, sorprendida por la reacción, busca la mirada de los demás. Únicamente encuentra la de PETER, que se encoge de hombros.)

CAROLYN.- (A GARY.) Usted me ha preguntado que dónde estaba el once de septiembre y casi sin darme tiempo a que le respondiera, esa señora se ha metido en la conversación...

GARY.- Ya acabará de contármelo en otro momento. Cuando salgamos. ¿De acuerdo?

(CAROLYN asiente. De nuevo, se hace el silencio. DONALD vuelve a sentarse. No se encuentra cómodo y cambia de asiento. Tampoco parece satisfecho, pero permanece en él.)

GARY.- ¿Alguna novedad, señor Evans?

THOMAS.- Ninguna.

GARY.- Si tuviéramos que pasar la noche aquí, ¿dónde piensa dormir?

THOMAS.- ¿Cree que podría dormir?

CAROLYN.- Tiene cara de cansado.

THOMAS.- Estoy desolado. Nunca sospeché que pudiera ocurrir una cosa así.

CAROLYN.- No es culpa suya.

THOMAS.- (Con un hilo de voz.) Gracias.

(PETER hurga en su bolsa, saca unos cuantos libros, los examina, elige uno y se sumerge en su lectura.)

- III -

Penumbra. THOMAS, frente al público. A sus espaldas, los demás, excepto SANDRA, que sigue en su apartamento, permanecen inmóviles en los mismos sitios.

THOMAS.- Llegó la noche. Era la primera noche. No sospechábamos que pasaríamos allí muchas más. Estábamos impacientes. No cesábamos de mirar la hora en nuestros relojes. La intensidad de la luz descendió. Estaba previsto que así fuera, que la sala estuviera siempre encendida, pero que, desde las ocho de la tarde hasta el amanecer, permaneciera en penumbra. Hice todo lo posible por convencerles de que necesitaban descansar. Yo tenía la obligación de permanecer en vela. Ellos, no. Les invité a que se acostaran y les prometí que, si se producía alguna novedad, les llamaría.

(PETER cierra el libro, lo guarda en la bolsa y se dirige a su apartamento.)

Peter Larson fue el primero en retirarse. No lo hizo siguiendo mi consejo, sino por que la escasa luz no le permitía leer.

(CAROLYN se va.)

Carolyn Doll lo hizo un par de horas después. Dijo que iba a darse una ducha. Creo recordar que dio las buenas noches. La verdad es que no estoy seguro. Si lo estoy, en cambio, de que Donald Roster no me quitó el ojo de encima durante un buen rato y, al cabo, se fue sin abrir la boca. En cuanto a Gary Bruner, se quedó dormido en el sillón, con la cabeza echada hacia atrás y la boca abierta. Fue entonces cuando se me ocurrió que debía redactar un informe sobre lo que estaba sucediendo, para hacérselo llegar a mis superiores.

(THOMAS va hacia la mesa. Arroja la chaqueta sobre el respaldo de un asiento, se acomoda, saca algunos folios de su maletín, permanece pensativo ante ellos y,

al cabo, empieza a escribir. Poco después, SANDRA sale de su apartamento y se dirige hacia el ascensor. Escucha. Luego, concentra toda su atención en el panel. THOMAS interrumpe la escritura y sigue atentamente sus movimientos.)

THOMAS.- (De nuevo de pie, al público.) Estuve escribiendo hasta la mañana siguiente. Mejor dicho, hasta un poco antes. Hasta que Sandra Holt salió de su habitación e ignorando mi presencia, o fingiendo ignorarla, se fue directamente a la zona del ascensor y se quedó ensimismada ante el piloto rojo. Durante una hora, permaneció pendiente de la lucecita y yo de ella. ¿Qué hacía en el refugio aquella mujer? ¿Y los demás? ¿Por qué habían suscrito la póliza? **(Volviéndose hacia SANDRA.)** Señorita Holt. **(Insiste.)** Señorita Holt.

SANDRA.- (Respondiendo a regañadientes.) Dígame.

THOMAS.- ¿Puedo hacerle una pregunta?

SANDRA.- Preferiría que usted me diera una respuesta a lo que está pasando.

THOMAS.- Lamento no tenerla.

SANDRA.- Es una pena. **(Tras una breve pausa.)** ¿Qué quiere saber?

THOMAS.- Está nerviosa, muy nerviosa.

SANDRA.- No me faltan motivos.

THOMAS.- Los demás también estamos preocupados.

SANDRA.- Es normal, ¿no le parece?

THOMAS.- Por descontado. Sin embargo, yo diría que no tanto como usted. Me pregunto si su estado de ánimo lo ha provocado la situación imprevista que se ha producido. ¿Sería el mismo en el caso de que estuviera haciendo el uso previsto en el contrato que ha firmado con mi compañía?

SANDRA.- Ni yo misma lo sé.

THOMAS.- ¿Por qué lo suscribió?

SANDRA.- Se lo consulté a mi jefe, el señor Mueller. Nunca sigo sus consejos, pero sé que le gusta que se los pida. Su respuesta fue muy clara. «Es inevitable que los

atentados suicidas se repitan en suelo estadounidense», dijo. Y añadió: «El día menos pensado, vuelan la Estatua de la Libertad o en cualquier esquina estalla un maletín cargado de explosivos y mata a cientos de personas. Si nadie pone remedio, nuestras ciudades acabarán pareciéndose a Jerusalén. ¿No se ha dado cuenta de que están llenando las calles de cámaras ocultas y de medidores de radiación?». Cuando salí del despacho, sentí miedo.

THOMAS.- En su ficha pone que trabaja en Times Square...

SANDRA.- Sí, cerca del teatro Shubert.

THOMAS.- ¿Sintió miedo en Times Square? ¡Es el centro del universo! En ningún otro lugar de Nueva York recibo las mismas vibraciones que allí. Soy un fanático de esa plaza. Me paro en medio de la acera y mi cuerpo se convierte en un imán que lo atrae todo.

SANDRA.- No puedo decir que comparta su entusiasmo, pero, hasta entonces, me parecía que tenía cierto atractivo. De pronto, empecé a mirar las cosas de otra manera. Con desconfianza. Me sentí vulnerable en medio de tanta gente extravagante.

THOMAS.- Guárdeme el secreto. Si mis jefes llegaran a saber lo que pienso, me despedirían. Times Square es un lugar más seguro que éste para escapar de un atentado terrorista. Habría que estar muy loco para hacer estallar un artefacto en un bar lleno de camareros afganos o junto a una parada de taxis atendidos por indios o senegaleses. Esa gente es el más eficaz escudo protector del que podemos disponer los neoyorquinos. Señorita Holt, hágame caso. Cuando salgamos de esta ratonera, anule su póliza. No diga que yo se lo he aconsejado. Al acabar su jornada, no se aleje a toda prisa de Times Square. Acuérdesse de lo que la estoy diciendo. Quédese un buen rato allí. Se sentirá más segura. Le recomiendo que se detenga junto a la tienda de reparación de instrumentos musicales. Siempre suena alguno. Y, mientras lo escucha, observe de nuevo a la gente.

SANDRA.- No podría. Cerraría los ojos para no verla.

THOMAS.- ¿Por qué?

SANDRA.- Me sentiría rodeada de tipos peligrosos. No podría evitar la tentación de denunciarlos al primer agente de policía que viera. ¿Se imagina? Escuche esto. Hay un hombre que trabaja en un aparcamiento. Hace años que se

gana el sueldo agitando una bandera de plástico para llamar la atención de los conductores.

THOMAS.- ¡Le conozco! La bandera es de color naranja.

SANDRA.- Hablamos de la misma persona.

THOMAS.- Es todo un espectáculo. Disfruta con lo que hace, ¿no cree?

SANDRA.- Al menos, lo aparenta.

THOMAS.- Es un consumado actor.

SANDRA.- Lo es, aunque, tal vez, él no lo sepa. Bueno, lo que quería decirle es que siempre, haga frío o calor, lleva puesto un abrigo de lana.

THOMAS.- Cierto. Le llega hasta los tobillos.

SANDRA.- Nunca le he visto sin él. No se lo quita ni en pleno verano. El día en que hablé con mi jefe, evité pasar a su lado. Se me metió en la cabeza que bajo el abrigo esconde un cargamento de explosivos y que, en el momento menos pensado, saltará por los aires llevándose por delante a los que tenga cerca.

THOMAS.- ¡Una bomba humana en Times Square!

SANDRA.- ¿Cree que es divertido vivir con esa angustia?

(**GARY se remueve en la silla. Bosteza y abre ojos.**)

THOMAS.- ¿Le hemos despertado, señor Bruner?

GARY.- Cuando duermo a pierna suelta, ni el estallido de una bomba es capaz de desvelarme. (**SANDRA se sobresalta y mira angustiada a THOMAS.**) ¿Se han quedado mudos? Estaban hablando...

SANDRA.- Rajando por no callar.

GARY.- Sigán, sigán. No quiero interrumpirles.

THOMAS.- Le preguntaba a la señorita Holt por las razones que le animaron a contratar los servicios de mi compañía.

GARY.- ¡Ajá! Y bien, ¿qué ha respondido?

THOMAS.- Me decía...

SANDRA.- (**Interrumpiéndole.**) Nada. En realidad, nada.

GARY.- Vaya.

SANDRA.- No hubo ninguna razón especial.

THOMAS.- Me había parecido entender... Cuando me contaba lo de...

SANDRA.- (**Tajante.**) Ninguna razón, señor Evans.

GARY.- Yo que usted, no insistiría.

THOMAS.- No lo haré, por supuesto.

SANDRA.- Gracias.

(**SANDRA regresa malhumorada al apartamento.
THOMAS, ante la mirada burlona de GARY, guarda
sus papeles en el maletín.**)

GARY.- ¿Qué importan los motivos que han empujado a esta señora a firmar la póliza? A lo mejor, ni ella misma lo sabe. Miré, sí se interesara por los míos, podría darle, al menos, tres distintos: porque tengo dinero para hacerlo, por simple curiosidad y por afán de supervivencia.

THOMAS.- ¿En ese orden?

GARY.- Póngalos en el que usted prefiera.

(**La intensidad de luz aumenta.**)

THOMAS.- Ya es de día.

- IV -

Todos están en la sala en la zona próxima al panel y a la puerta del ascensor. Aparentan la normalidad propia de unos ciudadanos que, a primera hora de mañana, aguardan la llegada del autobús que ha de llevarles a sus lugares de trabajo. Sus rostros, sin embargo, reflejan que apenas han descansado durante la noche y algunos gestos delatan impaciencia. Son frecuentes las miradas de reojo al piloto rojo y las consultas al reloj o a las agendas de bolsillo. SANDRA no para de abrir y cerrar el bolso. No busca nada en su interior. En cambio, CAROLYN saca una barra de labios del suyo y empieza a pintárselos. El gesto atrae la atención de los demás. Ella, al darse cuenta, interrumpe la tarea, pero hace un mohín gracioso y la reanuda. Cuando concluye, se alisa la falda.

CAROLYN.- ¿Creen que me daría tiempo a dar una planchada al vestido? (**Hay un cruce de miradas. Nadie responde.**) ¿Qué opina, señor Evans?

THOMAS.- No poseo más información que ustedes, de modo que...

CAROLYN.- Sólo tardaré unos minutos. (**A punto de entrar en su apartamento.**) ¡No se vayan sin mí!

DONALD.- Me temo que esto va para largo.

(**Cunde el desánimo. Poco a poco van apartándose de las proximidades del ascensor, resignados. SANDRA trata inútilmente de trabar conversación con THOMAS. PETER vuelve a refugiarse en la lectura, sentándose en el suelo contra la pared, en el mismo sitio que ocupara la noche anterior. GARY y DONALD lo hacen en sillones. Aquél permanece pensativo, con el mentón apoyado en las manos. Éste, se levanta enseguida y da algún paseo sin rumbo.**)

GARY.- ¿Tiene hormigas en el cuerpo, señor Roster?

DONALD.- No soporto estar mucho tiempo en el mismo sitio. Soy culo de mal asiento.

(DONALD pasea con una mano en el bolsillo. Lo curioseosa todo, pero sin prestar demasiada atención a nada. Se detiene junto al vídeo y la cadena musical y toquetea los mandos. Luego contempla las cajas de cartón apiladas y examina someramente el interior de alguna. Finalmente, fija la mirada en PETER, quien, al sentirse observado, alza la vista.)

DONALD.- ¿Interesante?

PETER.- Ya lo creo.

DONALD.- ¿Policíaca?

PETER.- No es una novela. Se titula *El ataque a Nueva York*.

GARY.- ¡*El ataque a Nueva York!* ¿Hay un libro que se titula así?

SANDRA.- El caso es estar siempre a vueltas con lo mismo.

PETER.- ¡Oh, no! No trata del once de septiembre. Está escrito mucho antes.

GARY.- ¿De qué va entonces?

PETER.- Recoge opiniones de escritores y de expertos sobre lo que sucedería si Nueva York fuera atacada por algún ejército extranjero o por grupos terroristas.

DONALD.- Ya ha sucedido, de modo que lo sabemos de primera mano.

PETER.- Uno de los autores lo predijo... Es fantástico. Su descripción coincide punto por punto con lo que pasó en la realidad. Es un tipo extraordinario. Estuvo cinco años en el Centro para el Estudio del Terrorismo y la Violencia Política de la Universidad de St. Andrews.

SANDRA.- ¿Por qué el mundo nos odia?

GARY.- (Levantándose como impulsado por un resorte.) Nos envidia, ni más, ni menos.

DONALD.- Nos tiene por un país arrogante.

GARY.- (Fuera de sí.) ¡No lo somos!

SANDRA.- Yo no me considero arrogante.

GARY.- Somos poderosos, no arrogantes. Sí alguno no entiende la diferencia, es su problema.

DONALD.- Poderosos también, pero, tal vez, menos de lo que aparentamos.

GARY.- Nuestro poder militar es mayor que el de los siguientes veinte países juntos.

DONALD.- ¿Eso es bueno?

GARY.- Si nos lo propusiéramos, podríamos gobernar el mundo.

DONALD.- Qué estupidez.

GARY.- ¡Deberíamos hacerlo!

DONALD.- Sospecho que entre nuestros enemigos, y no sé si también entre los amigos, abundan cada vez más los que nos ven como un gigante con pies de barro.

GARY.- (**Irritado.**) ¿Lo dice por lo sucedido con las Torres Gemelas?

DONALD.- No, no pensaba en eso, aunque, ya que usted lo menciona, podría ser un buen ejemplo. Es increíble que el impacto de un avión pueda echar abajo edificios gigantes como si fueran castillos de naipes.

PETER.- En la construcción de las Torres se emplearon doscientas mil toneladas de acero y más de trescientos mil metros cúbicos de hormigón. La estructura era muy sólida.

DONALD.- Y sin embargo, quedaron reducidas a una montaña de escombros.

GARY.- ¿Cuánto pesa un *boeing* con noventa o cien pasajeros a bordo? ¿Cien toneladas? ¿Ciento cincuenta?

PETER.- Eso sin contar el combustible.

GARY.- A seiscientos kilómetros por hora, una auténtica bomba.

DONALD.- Desde luego.

GARY.- ¿Quién podía prever lo que sucedió?

DONALD.- Seguramente nadie. Pero ahora sabemos que esas torres eran una provocación.

GARY.- ¿De quién? ¿De quiénes decidieron construirlas?

¿Del arquitecto que las diseñó? ¿De las empresas que instalaron allí sus oficinas?

DONALD.- ¡De todos!

GARY.- ¿También de los que entraban y salían cada día de ellas?

DONALD.- También, también.

GARY.- ¿Han oído?

SANDRA.- La culpa de lo que pasó la tuvieron los terroristas.

DONALD.- ¡Por supuesto! ¡También ellos! Pero de lo que estamos hablando es de odio y de arrogancia. Opino que, sin ésta, aquel estaría menos extendido. Y estos edificios son todo un símbolo. A nadie le faltan enemigos, pero deberíamos hacer un esfuerzo por que no fueran tantos. Y en último caso, señor Bruner, si hemos de tenerlos, no les demos facilidades para que nos hagan daño. Me he preguntado muchas veces si los terroristas lo hubieran tenido tan fácil si en lugar de atentar contra una isla llena de rascacielos, lo hubieran hecho contra una ciudad a la medida del hombre. Sabe a lo que me refiero. Una ciudad de casas no necesariamente bajas, de esas en que nadie cogería el ascensor para llegar al ático. Los aviones comerciales no pueden hacer vuelos rasantes.

PETER.- Antes de llegar a los tejados o a las azoteas, perderían el control y se estrellarían contra el suelo.

DONALD.- En efecto.

GARY.- ¡Qué bobada!

SANDRA.- ¡Hay cientos de rascacielos en la ciudad! ¿Hasta cuándo durará la amenaza?

GARY.- Por lo que dice el señor Roster, barrunto que hasta que el Ayuntamiento quiera.

SANDRA.- ¿Qué pinta el Ayuntamiento en esto?

GARY.- Mientras quede un rascacielos en pie, no nos libramos de ella.

SANDRA.- No le entiendo.

GARY.- La propuesta de nuestro amigo es que, para disuadir a los terroristas de que hagan nuevos atentados,

habría que demolerlos.

DONALD.- Bastaría con rebajar su altura.

GARY.- ¿Cuántos pisos le quitaría al Empire? ¿Cuarenta?

DONALD.- Más, muchos más.

GARY.- Tiene ciento dos.

DONALD.- Qué menos de setenta.

GARY.- ¿Tantos? Déjeme que lo imagine... (**Entorna los ojos.**) ¡No puede ser!

DONALD.- Podríamos dejarlo en sesenta. Mejor es que lo hagamos nosotros ordenadamente a que lo hagan ellos a su manera, y a saben, no dejando piedra sobre piedra.

PETER.- No me parece que sea una buena idea, señor Roster, a menos que esté bromeando. Sinceramente. Porque no se trata sólo del Empire... Luego vendrían el Rockefeller Center, la Olympic Toser, Lever House, los edificios de la Chrysler, de IBM, de la General Electric, el Flatiron... Nueva York sin rascacielos, no sería Nueva York. Parecería una ciudad... No sé cómo decirlo.

GARY.- Castrada.

SANDRA.- ¿No hay otra palabra más adecuada?

GARY.- Puede, pero no tan acertada. En cualquier caso, confío en que las ideas del señor Roster no prosperen y que sus influencias, si las tiene, no impidan que en la Zona Cero se levanten otras torres.

DONALD.- No me gustaría que las hicieran.

GARY.- ¡Las haremos!

DONALD.- Lo sé.

GARY.- Lástima que no podamos contar con usted. (**Hace una pausa y esboza una sonrisa.**) Cuando vine a esta ciudad tenía quince años. Miré hacía arriba y quedé fascinado por la altura de los rascacielos. Nunca he vuelto a bajar los ojos. Mi primer trabajo lo conseguí en unas oficinas que estaban en el piso cincuenta. Me prometí que nunca trabajaría en un lugar que estuviera por debajo de él. Y lo he cumplido. Siempre he tenido el mundo a mis pies.

DONALD.- ¿También ahora?

GARY.- Es distinto.

DONALD.- Nadie le ha obligado a encerrarse en este sótano. Incluso está pagando por ello.

GARY.- Como usted. Como todos. Si suscribimos seguros de vida, ¿qué hay de extraño en que tengamos alguno que nos la garantice? Tengo bastante aprecio por la mía. Me gustaría llegar a viejo. ¿A usted no? Esto, querido amigo, es un paréntesis en mi vida cotidiana. Cuando salga, volveré a lo de siempre, a ir cada mañana al despacho, a hacer negocios, a contemplar el cielo recortado por las siluetas de los rascacielos...

DONALD.- En el piso... ¿Hasta qué piso ha llegado en su escalada?

GARY.- Estoy en la planta cincuenta y cuatro del Equitable Building.

DONALD.- ¿No teme que, cuando salgamos de aquí, sólo queden los cimientos? ¿Qué hará entonces? ¿Mirar el vacío desde la acera tratando de localizar el sitio en el que estaba su despacho?

SANDRA.- Es usted muy cruel.

PETER.- A mí no me gustan, ni me dejan de gustar los rascacielos. Cuando nací, ya estaban ahí. Pero sería una pena que desaparecieran. Batman, Superman y Spiderman tendrían que jubilarse.

DONALD.- Y las mujeres podrán pasear tranquilas por la ciudad sin temor a que un nuevo King Kong las rapte y las suba a lo alto de Empire. ¿Nunca ha temido que pudiera pasarle algo así, señorita Holt?

SANDRA.- ¡¿A mí?! ¡Que tontería!

(CAROLYN sale de su cuarto, resplandeciente.)

CAROLYN.- No saben cuánto les agradezco que me hayan esperado.

THOMAS.- (Al público, desde el proscenio.) Al cabo de tres días de estancia en el refugio, se produjeron algunas novedades. Todos nos habíamos dado cuenta de que las relaciones de Bruner y Roster no eran cordiales. Sin embargo, estuvieron de acuerdo en que, dentro de lo posible, debían ponerse cómodos. Así, pues, dejaron las chaquetas y las corbatas en sus apartamentos y se quedaron en mangas de camisa. Carolyn fue más allá: además de la chaqueta, cada dos por tres se quitaba los zapatos, los dejaba tirados en cualquier sitio e iba de un lado a otro descalza. Todo lo contrario que Sandra Holt, que permanecía como el primer día. Ni siquiera soltó el bolso, como si estuviera preparada para marcharse en cualquier momento. En cuanto a Peter Larson, el gorro desapareció de su cabeza y a veces, según le daba, prescindía de la sudadera. Por lo que a mi respecta, ya ven. Con el uniforme puesto. Traje y corbata. Así lo establecían las normas que debíamos seguir en el trabajo los empleados de RNH. Mi opinión, tal vez exagerada, era que mi estancia en el refugio era como una prolongación de mi jornada laboral y que, por ello, dichas normas también era aplicables allí. **(Hace una pausa.)** Hubo un cambio que me afectaba directamente. A iniciativa de Carolyn, aceptada por los demás sin reservas, con las cajas apiladas se acotó un pequeño espacio que me sirviera de alojamiento. Una alfombra y alguna otra cosilla lo hicieron medianamente habitable. Ignorando mis protestas, un par de días después, Carolyn, para darle un aspecto menos frío, decidió cederme algún pequeño objeto procedente de su apartamento. Iba y venía y, en cada viaje, llevaba algo.

(CAROLYN sale de su apartamento con un jarrón y un ramo de flores artificiales. En la puerta se deshace de los zapatos. PETER se acerca a ella, mientras SANDRA observa con desagrado el trasiego.)

PETER.- ¿Me deja que le ayude?

CAROLYN.- Puedo sola. Gracias. **(A THOMAS.)** ¿Ve como no era imposible convertir este rincón en un lugar acogedor?

THOMAS.- (Incorporándose a la acción.) Pero no está

bien que sea a costa de vaciar su apartamento.

DONALD.- (Saliendo de su apartamento.) ¿Todavía de mudanza?

SANDRA.- Por lo visto, el señor Evans ha decidido pasar aquí una larga temporada.

THOMAS.- ¡Oh, no! ¿Lo dice por todo este trajín? La señorita Doll se ha empeñado en que me sienta un poco más cómodo, pero no tengo previsto instalarme aquí indefinidamente. Estoy deseando regresar a casa. No se puede imaginar cuánto la echo de menos. **(Bajando la voz, en tono confidencial.)** Y los paseos por Times Square.

SANDRA.- Debiera tranquilizarme oír eso. Sin embargo, me preocupa que su alojamiento haya dejado de ser algo provisional. Empiezo a sentir que nuestro primer objetivo ya no es el de salir de este agujero, sino el de sentirnos a gusto en él.

DONALD.- Vamos, señorita Holt, sólo llevamos aquí unos días.

SANDRA.- ¡Cinco! ¿Le parecen pocos? ¿Cuántos está dispuesto a permanecer recluido?

DONALD.- Los que sean necesarios.

(SANDRA calla. GARY se incorpora al grupo.)

GARY.- ¿Novedades?

THOMAS.- Ninguna, señor Bruner.

SANDRA.- Lo que, desde luego, no puede decirse que sea una buena noticia.

THOMAS.- Señorita Holt, cuando salgamos de esta situación tan enojosa, pediré a mi compañía que les indemnice por el tiempo que están perdiendo y por las incomodidades. En tanto, pido paciencia.

SANDRA.- Debería estar trabajando en mi oficina.

THOMAS.- ¿Es eso lo que le angustia?

SANDRA.- Y que nadie sepa dónde estoy.

DONALD.- Si ha ocurrido algo grave ahí arriba, dudo de

que la echen de menos.

THOMAS.- Su jefe estaba al tanto...

SANDRA.- ¡De esta encerrona, no! ¡Esto es una encerrona! Nada de lo que está pasando es normal.

THOMAS.- Tendrá ocasión de explicarlo en su empresa. Si es preciso, y o mismo lo haré en nombre de RNH.

SANDRA.- ¡También tengo amigos!

CAROLYN.- No es la única, querida.

SANDRA.- No me importa cómo son los suyos. Los míos, estarán muy inquietos.

CAROLYN.- Supondrán que se ha ido de viaje.

SANDRA.- Sólo salgo de Nueva York para visitar a mi familia. Mis padres y mis hermanos viven en Ohio. Les llamarán para preguntar por mí. Se llevarán un gran susto. Puede que denuncien mi desaparición a la policía. ¿Se imaginan a la policía buscándome por todas partes?

PETER.- ¡Fabuloso! Cientos de agentes revisando las listas de pasajeros de los vuelos que salen de Nueva York, controlando las autopistas, recorriendo las gasolineras mostrando una foto suya... «Oiga, joven, ¿reconoce a esta mujer?». Y en los servicios de urgencias de los hospitales: «Sandra... Sandra ¿cómo?».

CAROLYN.- Eso pasa en las películas. En la vida real, no hay policías suficientes para localizar a la gente que se esfuma cada día. Además, la mayoría aparece enseguida. Viva o muerta, pero aparece.

SANDRA.- ¡Por Dios, cállese!

CAROLYN.- No tema. Usted aparecerá viva. ¿Se imaginan los titulares de prensa? ¡Sandra Holt surge vivita y coleando del centro de la tierra!

SANDRA.- No tiene ninguna gracia.

THOMAS.- No se lo tome a mal.

CAROLYN.- ¡Tan mayor y tan asustadiza!

SANDRA.- ¡Imbécil!

DONALD.- ¡Por Dios! Guardemos las formas.

CAROLYN.- Déjela que se desahogue.

SANDRA.- ¡Tengo derecho a querer salir de aquí!

DONALD.- ¡Como todos, querida!

CAROLYN.- Acabará contagiándonos. ¿Por qué no se va a su apartamento y nos deja en paz?

SANDRA.- Voy donde me da la real gana.

CAROLYN.- Necesita un bozal.

(SANDRA se dirige amenazadora hacia CAROLYN.)

THOMAS.- (**Reteniéndola.**) Estamos nerviosos.

CAROLYN.- Ella, loca.

SANDRA.- No estoy loca. Los presidiarios reciben mejor trato que nosotros. Al menos, salen al patio y pasean. Ven la televisión. Y sobre todo, desde que llegan, saben cuánto durará su encierro.

DONALD.- Lo malo de estas situaciones es que no las controlamos, ni somos capaces de modificarlas.

GARY.- ¿Acaso lo hemos intentado? Si nos lo propusiéramos... ¿Quién sabe?

DONALD.- Es inútil. Tenemos que hacernos a la idea de que estamos condenados a pasar algunos días juntos. Usted también, señorita Holt. Si lo aceptáramos, el paso siguiente sería organizar nuestra convivencia y pensar en la mejor manera de ocupar el tiempo libre. El aburrimiento es mala compañía. ¿Qué dicen?

CAROLYN.- Por mí...

THOMAS.- Es una buena idea.

PETER.- Cuento conmigo, señor Roster.

THOMAS.- ¿Señor Bruner?

(BRUNER se encoge de hombros.)

DONALD.- Yo me he limitado a poner la cuestión sobre el tapete.

GARY.- (**Condescendiente.**) Podemos intentarlo.

THOMAS.- ¿Señorita Holt?

SANDRA.- Dudo que el invento ayude a hacer más llevadera la situación. Pero no quiero que me tomen por una aguafiestas. Haré lo que decidan.

THOMAS.- Gracias. Entonces...

PETER.- ¿Por qué no nos proponemos hacer cosas divertidas para distraernos?

THOMAS.- ¿Se les ocurre algo? Se admiten propuestas.

CAROLYN.- Algún juego...

GARY.- (**Dejando a un lado su escaso entusiasmo.**) ¿Se acuerdan de aquel de preguntas y respuestas en el que la gente se iba despojando de una prenda cada vez que fallaba?

CAROLYN.- No tengo el menor interés en verle en porretas.

GARY.- Pero yo a usted, sí.

SANDRA.- ¡Esto es un despropósito!

CAROLYN.- (**A media voz.**) ¡Que la follen!

THOMAS.- Calle, señorita Doll.

CAROLYN.- (**A GARY.**) ¿Decía...? Siga, por favor... A lo mejor nos lo pasamos bien...

SANDRA.- No creo que las aficiones eróticas de este señor nos importen demasiado y menos aún la predisposición de la señorita Doll a satisfacerlas.

CAROLYN.- ¿Me está llamando puta?

SANDRA.- Me siento amenazada, señor Evans. Le hago responsable lo que me pueda pasar.

GARY.- (**Burlón.**) ¿A qué clase de amenaza se refiere, querida? No le va a pasar nada. Su integridad física está asegurada, al menos en lo que a mí respecta. Puedo asegurarle que usted no figura entre mis obscenos planes. Y confío en que, si participa en el juego, no me brindará la oportunidad de que mude de opinión. Estoy convencido de

que, para mi fortuna, no fallará ninguna respuesta.

SANDRA.- ¡Cerdo!

(**SANDRA rompe a llorar.**)

THOMAS.- La compañía ha hecho una cuidadosa selección de candidatos a usar el refugio. Eso significa que, en principio, todos ustedes son personas respetables, capaces de mantener una conducta correcta, incluso en situaciones difíciles. Quizás, ésta lo sea en exceso, pero, ni siquiera así, tiene justificación lo que está sucediendo. Vuelvan a la cordura. Se lo suplico. Es posible que todos sean, seamos, yo también me incluyo, un poco responsables. La propuesta del señor Roster merece atención. ¿Qué les parece si la retomamos y evitamos las bromas, sobre todo si resultan molestas?

SANDRA.- Hagan lo que les plazca. No estoy dispuesta a participar en el circo que están organizando.

DONALD.- En tal caso, puesto que no hay unanimidad, dejemos las cosas como están.

CAROLYN.- ¡Ah, no! De ningún modo. No vamos a rendirnos cuando estamos a punto de crear algo grande: la Asociación contra el Tedio.

THOMAS.- La señorita Holt está en su derecho a actuar como desee. Sus obligaciones no van más allá de las contenidas en las cláusulas del contrato que ha suscrito.

SANDRA.- Ya lo han oído. Gracias por la puntualización, señor Evans.

THOMAS.- No me las dé. Eso vale para todos, incluso para el señor Larson.

GARY.- ¿Incluso? ¿Qué significa eso? ¿Qué su contrato es distinto al de los demás?

THOMAS.- Todos los contratos son iguales.

GARY.- Sin embargo, usted acaba de decir...

THOMAS.- Olvídelo.

GARY.- Quiero ver el contrato de este muchacho.

THOMAS.- Lo lamento.

GARY.- ¿No irá a decirme que no tiene la copia en el maletín?

THOMAS.- Los contratos son documentos privados.

GARY.- Siempre que su contenido no afecte a terceros.

PETER.- Señor Evans, puede decirle al señor Bruner que mi padre ha contratado el seguro a mi nombre.

THOMAS.- (A GARY.) Ya lo ha oído. ¿Satisfecha su curiosidad?

GARY.- Reconozca que sus palabras necesitaban alguna aclaración.

CAROLYN.- ¿Por qué a tu nombre, Peter?

THOMAS.- Señorita Doll, esa pregunta... (A PETER.) No tiene por qué responderla.

PETER.- Mi padre está convencido de que se producirá alguna catástrofe. Quiere que, si sus temores se cumplen, al menos sobreviva un miembro de la familia Larson para contarlo.

DONALD.- Y te ha tocado.

PETER.- Así es.

CAROLYN.- ¿Tenía que ser a ti? Tienes una hermana...

PETER.- Candyce.

CAROLYN.- Candyce, eso es.

PETER.- Y un hermano pequeño. Somos tres. Pero yo he sido el elegido.

GARY.- Porque eres el mayor.

PETER.- Candyce me lleva tres años.

CAROLYN.- Pero es mujer.

GARY.- A su padre no le gusta que el apellido Larson se pierda.

PETER.- Puede ser. «Llegado el caso, en ti viviremos los demás», me dijo. (**Desahogándose, en un arrebatado de sinceridad.**) Mi padre es un tipo extraordinario y nunca haré nada en contra de su voluntad, pero soporto mal la idea de que algún día sea el único superviviente de mi familia. Y

también que todo esto del refugio sea un secreto que sólo compartimos los dos. Ni mi madre, ni mis hermanos lo saben. Si arriba ha ocurrido algo, ignoran que estoy aquí. No me echarán de menos. Creerán que estoy haciendo senderismo con mis compañeros de universidad. ¡A mí tampoco me gusta esto, señorita Sandra! La diferencia es que usted ha firmado un contrato por su libre voluntad y yo, en cambio, estoy aquí porque alguien lo ha decidido por mí. Ahora resulta que usted se ha arrepentido y quiere marcharse. Sin embargo, yo, aunque el sitio me desagrade y me apetece salir cuanto antes, tengo que quedarme para no defraudar a mi padre. ¡Ya sé que puedo desobedecerle, pero no pienso hacerlo! De modo, que mi única opción es tratar de pasarlo lo mejor posible y eso es justamente lo que todos, menos usted, tratamos de conseguir. ¿Por qué no nos deja que lo intentemos?

- VI -

Sobre la mesa, el maletín abierto de THOMAS y algunos folios. THOMAS, de pie, se dirige al público. A su espalda están los demás. No da la sensación de que su presencia sea real, sino de que habitan en la memoria del narrador, listos para actuar cuando éste lo decida.

THOMAS.- Sandra Holt se mantuvo al margen de las deliberaciones para decidir el tipo de actividad que debíamos desarrollar. Cada cual tenía sus propias ideas y no encontrábamos la forma de conciliarlas. Pero las acaloradas discusiones en las que nos enzarzamos nos hicieron olvidar durante unas horas los verdaderos problemas. De ahí que concluyéramos que lo importante era hacer algo, lo que fuera, y, a poder ser, en grupo. Cualquier cosa antes que quedarnos de brazos cruzados. Y no nos quedamos. Al principio, el ajetreo era continuo y frenético. Poco a poco, el entusiasmo fue decayendo. La rutina, el cansancio, la necesidad de ahorrar energías... Cuando percibimos que las provisiones empezaban a escasear, se impuso administrar su consumo... Todo influía. Entre las actividades que tuvieron vida más larga estaban los desayunos colectivos. Después de las noches de insomnio, levantaban los ánimos. Y además sirvieron para recuperar a Sandra. Aceptó participar en ellos,

si los demás nos uníamos a su oración.

SANDRA.- Líbranos, ¡Oh, Dios!, de los ataques de nuestros enemigos. Nos comprometemos a confiar en Ti, a servirte y a obedecerte. Y nosotros, que somos cristianos, te rezamos en el nombre de Jesús.

THOMAS.- También gozaron de algún éxito los ejercicios físicos que hacíamos un par de veces al día para mantenernos en forma, pero fue una propuesta de Carolyn la que transformó nuestra vida. Se la inspiró un libro del que no recordaba ni el título, ni el autor, pero sí su contenido. Los personajes se enfrentaban a una situación que tenía alguna semejanza con la nuestra. Ellos también estaban aislados. La acción transcurría varios siglos atrás en una ciudad italiana que sufría el azote de la peste. Varios hombres y mujeres, huyendo de la enfermedad, se instalaron en una casa de campo y allí, para entretenerse, decidieron contarse historias. Carolyn añadió que eran divertidas y algo subidas de tono y que sería deseable que también lo fueran las nuestras. Más de uno confesó que no se sentía capaz de inventar nada digno de ser contado y mucho menos de hacerlo en voz alta. No fue el caso de Gary Bruner, que se ofreció para romper el fuego.

GARY.- Sucedió como lo cuento. Yo era un muchacho. Tenía más o menos tu edad, Peter. Y no era mal parecido. Como todos los veranos, cuando llegaron las vacaciones, me busqué un empleo para ganar unos centavos. Lo encontré en un surtidor de gasolina. Me ocupaba de lavar los coches, de revisar los neumáticos, de comprobar los niveles de aceite... El dueño era un tipo mayor bastante bonachón. A mi me caía simpático. Y su esposa también. Vivían detrás de la oficina. Ella no salía de casa casi nunca y, cuando lo hacía, apenas permanecía fuera unos minutos. Era una mujer madura, algunos años más joven que él. Y atractiva. Lo que se dice, una real hembra. Esa clase de mujer a la que uno nunca llevaría de acompañante a una fiesta, pero con al que se daría un buen revolcón. Y eso fue lo que pasó. No sabría explicar cómo llegamos a liarnos. Cruce de miradas, sonrisas, alguna palabra...

DONALD.- (Entre dientes.) El cartero siempre llama dos veces.

GARY.- ¡No estoy contando ninguna película! ¡Y menos de las que acaban mal! Mi historia tuvo un final feliz.

DONALD.- Es decir, que se estuvo beneficiando a la dama durante todo el verano sin que el bueno de su marido se

enterara.

GARY.- No. Esa es la cuestión. Que nos pilló en la cama en plena faena. Aquel día tenía que resolver algún asunto en el pueblo y me dejó al cuidado de la gasolinera. Apenas perdí de vista el coche, colgué el cartel de «fuera de servicio» y en tres zancadas me planté en la casa. No se tape los oídos, señorita Holt, que no voy a entrar en detalles de lo que hicimos aquella señora y yo. ¿O quieren conocerlos? **(Tras una breve pausa.)** Como prefieran. Omito los detalles. No sabría decir si nos entretuvimos más de lo debido o el esposo regreso antes de lo previsto. El caso es que se abrió la puerta de la alcoba y allí estaba él con los ojos redondos como platos, no dando crédito a lo que veía. Soltó sapos y culebras. Era una furia. Temí lo peor. Temblaba de los pies a la cabeza. Al contrario que ella, que le escuchaba con una tranquilidad asombrosa. Cuando el tipo empezó a repetir una y otra vez los mismos argumentos y a dar muestras de fatiga, ella le dijo: «Dime, querido, ¿alguna vez te he rechazado en la cama? ¿No me encuentras dispuesta siempre que te apetece follar? ¿Lo hago mal o con desgana?». El hombre respondió, tan bajo que costaba trabajo oírle, que no. «¿Y si te dijera que yo, en cambio, me quedo a dos velas, necesitada de algo más? ¿Qué hago si tú no eres capaz de dármelo? ¿Aguantarme? ¿Meter al perro en la cama? No, ¿verdad? Tal vez prefieras que me líe con alguno de tus amigotes. Más de uno me desnuda con la mirada cuando me mira». «No, eso no», dijo el pobre diablo. «¿De qué te quejas entonces?». «De nada». «Mira, muchacho -me dijo luego-, prefiero que seas tú el que te quedes con las sobras que dejo que cualquier desaprensivo, de manera que haz cuanto mi esposa te pida. Y, por Dios, que esto quede entre nosotros».

(GARY cierra el relato con una sonora carcajada, que nadie secunda.)

THOMAS.- **(Mientras retrocede hacia la mesa.)** Hubo alguna que otra historia de ese tenor. No muchas. La verdad es que la gracia dependía de quien las contaba. Todavía hoy siento vergüenza del escaso éxito que tuve cuando me tocó intervenir. No recordaba ningún acontecimiento de mi vida que mereciera la pena, ni fui capaz de inventarme nada, de modo que acabé hablando de la impresión que me causó, cuando apenas tenía siete años, ver a un hombre escalando la Torre Sur, mientras la calle se llenaba de curiosos que

seguían la hazaña boquiabiertos y de policías que le ordenaban que descendiera inmediatamente o se verían obligados a arrestarle.

PETER.- Era la mosca humana. Se llamaba George Willig y al llegar arriba, le detuvieron y le multaron con un dólar y diez centavos, es decir, a razón de un centavo por piso.

THOMAS.- Peter era una enciclopedia. También nos informó de que tres años antes de aquel suceso...

PETER.- En 1974.

THOMAS.- Un equilibrista francés...

PETER.- Philippe Petit.

THOMAS.- Pasó de una torre a otra.

CAROLYN.- ¿No se precipitó al vacío?

PETER.- No.

THOMAS.- (Tras una pausa mientras consulta sus papeles.) Siempre he pensado que mi intervención fue desafortunada. Nadie, hasta ese momento, se había vuelto a acordar de las Torres. O, al menos, no se refirió a ellas. Pero bastó que yo las mencionara para que los demás me imitaran. Raro era que, en los siguientes relatos, no aparecieran las Torres. Las Torres o la ciudad de Nueva York como escenario de las mayores catástrofes. Curiosamente, fue la señorita Holt la que tomó el relevo.

SANDRA.- No quisiera morir llevándome un secreto a la tumba. Escúchenme, por favor. Hace unos días, durante los actos conmemorativos del primer aniversario de la tragedia de las Torres Gemelas, en las pantallas de televisión apareció la imagen de una mujer con los ojos enrojecidos por el llanto, que llevaba a un niño cogido de cada mano. Resultaba conmovedor. A su lado, un periodista la interrogaba. «He aquí a una mujer que perdió a su marido el 11-S. Ha declinado dar su nombre. Y tampoco tiene ánimos para hablar. Nada más lejos de nuestro propósito que insistir en arrancar una declaración suya. Respetamos su silencio y su dolor». «Gracias, muchas gracias», respondió ella. «Fue horrible, horrible. Perderle así, de repente. Los niños y yo vivíamos con la esperanza de verle entrar por la puerta, como si nada hubiera pasado». «Usted confiaba en que apareciera con vida», comentó el periodista. «Claro, nadie me ha dicho que esté muerto», respondió ella. «Así, pues, sigue figurando en la lista de desaparecidos». «En esa lista

debe seguir -respondió ella-, aunque ya ni la miro. Me he hecho a la idea de que no volveré a tenerle a mi lado». Y se echó a llorar con tal fuerza que no pudo articular más palabras. Esa mujer se llama Nicole Sullivan y vive tres pisos por debajo del mío. Nunca tuve demasiada relación con ella, pero aquella noche bajé a su apartamento para ofrecerle mi apoyo. «Bueno -me dijo-, en realidad mi marido no murió en el atentado del once de septiembre. Es verdad que trabajaba en la Torre Norte. Se ocupaba del mantenimiento de no sé qué instalaciones eléctricas. Pero ese día no estaba allí. Y no estaba por la sencilla razón de que la víspera me dejó tirada con los dos críos». Yo no salía de mi asombro. «Pero usted ha mentado ante las cámaras de televisión», exclamé. «Allá ellos. No pedí que me entrevistaran». «¡Pero usted estaba en la zona cero mezclada con los familiares de las víctimas, haciéndose pasar por uno de ellos!». «¿Qué demonios quiere que haga? Tengo dos hijos que vieron a su padre salir de casa como todos los días, y que no han vuelto a saber de él. Dos niños que no dejaban de preguntarme, que exigían una respuesta. Dos niños que han vuelto a orinarse en la cama y que, en el colegio, están olvidando lo que habían aprendido. Aidan, el mayor, ya no sabe lanzar la pelota con efecto y el pequeño sufre pesadillas. ¿Qué debía decirles? ¿Que por una cuestión de horas su padre no se había convertido en un héroe y ellos no tenían derecho a formar parte de la legión de huérfanos mimados y protegidos? ¡De eso nada! Les dije que los bomberos le estaban buscando entre los escombros y que muy pronto regresaría a casa. Esa explicación ya no sirve. Los servicios de rescate han concluido su trabajo. He pedido una partida de defunción de mi marido. Cuando la consiga, les diré que papá ha muerto y luego encargaré un funeral. Es lo mejor para ellos y creo que, para mí, también». «Permítame que censure su conducta, Nicole. Ofende la memoria de quienes perdieron la vida en aquel infierno». «Ese lodazal se ha tragado a cientos de personas de las que no queda ningún rastro. ¿Qué más da un nombre más o menos?». «¡No da lo mismo! Un día levantarán un monumento en recuerdo de las víctimas. Por nada del mundo me gustaría que esculpieran en él el nombre de su marido». «Gracias por su interés, señora o señorita Holt». Y me dio con la puerta en las narices.

CAROLYN.- (Con sorna.) ¡Qué grosera!

SANDRA.- ¡Lo fue!

GARY.- ¿Cómo reaccionó usted?

SANDRA.- Llamé a la televisión que había grabado la entrevista para denunciar el engaño.

DONALD.- ¿Y...?

SANDRA.- Me dijeron que lo aconsejable era dejar las cosas como estaban, que si esa mujer había mentido era asunto suyo, que allá ella con su conciencia. Lo que a ellos les importaba era que, en el programa emitido, quedara reflejada la emoción vivida en el lugar de los hechos al cumplirse un año de la tragedia, y que eso lo habían conseguido con creces. **(Hace una pausa.)** Lo peor de todo, es que estoy convencida de que solicitaré una indemnización.

DONALD.- No le quepa la menor duda. Pero no se preocupe demasiado, ni trate de evitarlo. Quizás en este momento, la ciudad de Nueva York esté sumida de nuevo en el desorden más absoluto.

GARY.- ¿Cuándo va a dejar esa cantinela? Parece un disco rayado.

DONALD.- Antes o después, ocurrirá otra tragedia. La cuestión no es esa, sino en qué momento. Y cuando se produzca, los que salven la vida pedirán estar en la lista de afectados y exigirán que les indemnicen. **(A SANDRA.)** Si su vecina no tiene derecho esta vez, lo tendrá más adelante. Si ahora pide algún dinero y se lo dan, no se quemará la sangre, véalo como si fuera un anticipo a cuenta.

SANDRA.- ¿Está seguro de que nos esperen tantos sufrimientos?

GARY.- Al señor Roster le gusta ir de profeta por la vida. De profeta de mal agüero. No comparto su pesimismo. Y usted haría bien en no compartirlo tampoco. Las posibilidades de nuevos atentados son remotas. Se han tomado precauciones y hay que confiar en ellas. Las autoridades han establecidos filtros muy rigurosos en las fronteras. Más de veinte mil agentes del Departamento de Seguridad Interior controlan al millón largo de viajeros que las cruzan cada día. Todos los sospechosos de pertenecer a organizaciones terroristas están en el punto de mira de la policía. Se va a pedir la colaboración ciudadana para que se denuncie cualquier conducta sospechosa...

DONALD.- Pero usted, a pesar de la confianza que le inspiran tantas cautelas, ha suscrito un contrato que, cuando menos, delata que su miedo por lo que pueda pasar es más

grande que su fe en la protección que le brinda su querido gobierno.

GARY.- He tomado algunas precauciones, simplemente.

DONALD.- Como todos. Pero le disculpo.

GARY.- También tengo un seguro de accidentes y, sin embargo, confío en no sufrir ninguno.

DONALD.- Hombre precavido.

GARY.- Procuero serlo.

DONALD.- Y bien informado.

GARY.- Desde luego.

DONALD.- ¿Por qué no consiente que los demás también lo estemos?

GARY.- No seré yo el que se lo impida.

DONALD.- Reconozca, entonces, que Nueva York es un blanco gigante y que nadie, ¡absolutamente nadie! es capaz de protegerla. ¿Va a negarlo?

GARY.- ¿Pretende impresionarnos?

DONALD.- ¿Se imaginan lo que puede pasar si se produce un sabotaje en el suministro eléctrico de la ciudad?

GARY.- Podemos intentarlo.

PETER.- Millones de bombillas empiezan a parpadear y de pronto ¡el apagón!

GARY.- Sobresaliente, muchacho. Y si la luz no vuelve antes de la mañana siguiente, lo más probable es que nueve meses después se produzca un aumento significativo de la natalidad, como sucedió en el sesenta y cinco.

DONALD.- Puede añadir que los que no se entreguen a la tarea de procrear tendrán la gran oportunidad de contemplar el cielo de Manhattan sembrado de estrellas.

CAROLYN.- Debe ser un espectáculo maravilloso.

SANDRA.- Si uno se acuerda de que hay cielo y lo contempla. Yo no miré al cielo cuando se produjo el apagón del setenta y siete. Todo se me fue en ver lo que sucedía a mí alrededor. Los semáforos se apagaron, y los anuncios luminosos. De los edificios salían cientos de personas que se

iban juntando en las aceras sin saber qué hacer, ni dónde dirigir sus pasos. Muchas intentaban hablar por teléfono, pero las colas en las cabinas eran larguísimas y casi ninguna funcionaba. Decían que había gente atrapada en los ascensores. Y en el metro. Yo tenía miedo, mucho miedo. Ni siquiera se me pasó cuando llegué casa. No había televisión y eso, para mí, era la prueba de que lo que sucedía era muy grave. Mi padre, en cambio, opinaba que, quizás, era lo único positivo que había sucedido aquel aciago día. «Con las pantallas apagadas, todos miraremos a nuestro alrededor y descubriremos que hay más gente en el mundo con la que poder hablar», dijo. Al anoecer, encendimos algunas velas. Parecíamos fantasmas. Fantasmas mudos, porque, a pesar de no poder ver la televisión, nadie pronunciaba palabra. Desde la cama oía el concierto de sirenas de la policía y de los bomberos y el zumbido de los helicópteros. Era aterrador. Mucho después supe que la violencia se había apoderado de las calles.

DONALD.- Detuvieron a miles de personas acusadas de pillaje. Seiscientos policías resultaron heridos.

GARY.- No fue el fin del mundo. Si sucediera de nuevo, en menos de treinta horas volveríamos a la normalidad y el mundo se asombraría de nuestra inmensa capacidad de recuperación.

DONALD.- ¿Treinta horas? No estoy hablando de que salte un fusible, ni de que una sobrecarga deja fuera de servicio algunas líneas de alta tensión, sino de un atentado.

GARY.- ¿Insinúa que destruir una central hidroeléctrica está al alcance de cualquiera?

DONALD.- Ojalá que no tenga ocasión de darme la razón.

GARY.- La seguridad está garantizada en ese tipo de instalaciones.

DONALD.- ¿Sabe que la luz que consumimos llega a través de una red que se extiende por Nueva York, Ohio, Michigan, Massachussets, Pennsylvania y Conecticut y que se abastece de decenas de centrales, muchas nucleares, diseminadas por una superficie inmensa? Una tentación para un comando terrorista. La voladura de un generador puede colapsar todo el sistema. ¿Ha oído hablar del efecto dominó? ¿Sabe cuanto tiempo se tardaría en restablecer el suministro?

GARY.- No, no lo sé.

DONALD.- Atrévase a hacer una estimación.

GARY.- Semanas, meses... ¿Años? Hágala usted, que presume de dominar la materia.

DONALD.- Pongamos que un mes.

GARY.- Un mes, de acuerdo.

DONALD.- Un mes en el que, además de la luz eléctrica, estaremos privados de agua potable, con las calles llenas de basura maloliente, los cines y los teatros cerrados. Y los restaurantes y los supermercados, con las cámaras frigoríficas vacías. Una vida insoportable. Pero, peor todavía, la ciudad paralizada. Empresas e industrias inactivas, los aeropuertos operando bajo mínimos, con cientos de vuelos suspendidos...

GARY.- Roster, es usted un tipo pesimista, pero admito que quizás tenga algo de razón en lo que dice. Sería una irresponsabilidad echar en saco roto sus advertencias. El gobierno debiera plantearse la conveniencia de sacar las líneas defensivas de nuestro territorio y situarlas a una prudencial distancia. Me gustaría saber si alguien en el Pentágono ha pensado en ello.

THOMAS.- (Al público.) A la mañana siguiente, antes del desayuno, Bruner me comentó que, mientras escuchaba el repertorio de calamidades con que nos obsequió Roster, se le había ocurrido una idea de la que quería hacerme partícipe. Debo decíles que Roster es un avisado hombre de negocios. Cuando aún había montañas de escombros en la Zona Cero y el ruido de las máquinas era insoportable, invirtió buena parte de su fortuna en comprar locales que habían quedado vacíos. Ha pagado a menos de doscientos dólares el metro cuadrado en pleno Wall Street. ¡Una ganga! Un espacio parecido en Harlem, vale más del doble.

GARY.- Cuando salgamos de aquí voy a poner en marcha un tinglado que, bien llevado, puede proporcionar pingües beneficios. Necesitaré colaboradores despiertos y creo que usted podría ser uno de ellos.

(Saca del bolsillo un papel lleno de notas y se lo muestra.)

Se trata de crear un mercado de futuros en el que pueda apostarse sobre las posibilidades de atentados terroristas.

THOMAS.- ¿Algo así como que el terrorismo cotice en

bolsa?

GARY.- Usted lo ha dicho.

THOMAS.- Me temo que su idea no tenga porvenir. ¿Qué pasará si el gobierno llevara a la práctica la estrategia de la que hablamos ayer? Si evita que puedan golpearnos en nuestra propia casa, negocios como el que usted plantea o como éste de los refugios se vendrían abajo.

GARY.- No me decepcione, Thomas. Un comercial que se precie no debe expresarse en esos términos. Que la posibilidad de que se produzcan acciones terroristas disminuya, no significa que la gente pierda el miedo. Hay mucho miedo, Thomas. Eso no es bueno y no seré yo el que diga que hay que alimentarlo, pero, mientras exista, qué hay de malo en que saquemos algún provecho.

THOMAS.- El miedo cotizando en bolsa. Nunca se me hubiera ocurrido.

(Guarda los papeles en el maletín y avanza hacia el público.)

¿Quién lo iba a decir? Nosotros éramos un buen ejemplo de hasta dónde puede llevar el miedo y de lo difícil que es desprenderse de él. Se instaló en el refugio. Sandra no era la única que lo sufría. Lo que pasaba es que ella no era capaz de controlarlo y lo manifestó desde el principio. Los demás lo ocultamos mientras fuimos capaces. A fuerza de hablar de él, de tanto mentar a la bicha, lejos de espantarlo, le metimos en nuestros cuerpos. De pronto, nos dio por relatar historias referidas a situaciones claustrofóbicas, lo que aumentaba nuestra angustia. Cuando Peter nos contó una cuya acción transcurría en las pirámides de Egipto, al describir con todo lujo de detalles como el acceso a su interior se sellaba para siempre con enormes bloques de piedra, más de uno tuvo la sensación de oírlos deslizarse por el hueco del ascensor. Durante algún tiempo, Carolyn sufrió pesadillas. De Sandra, mejor no hablar. Cuando no se encerraba en su apartamento, se arrimaba a la puerta del ascensor y, tratando de que su gesto pasara desapercibido, la acariciaba en un vano intento de averiguar lo que había detrás. Pero antes o después perdía los nervios y acababa golpeándola con los puños hasta que caía agotada. La absurda idea de que el hueco del ascensor estaba cegado con piedras u hormigón caló en nuestro ánimo. Yo no fui una excepción. Hoy tengo que reconocer

que, obsesionado como mis compañeros de encierro, más de una noche, aprovechando su sueño, recorrí el refugio buscando inútilmente otra salida. Precisamente yo, que sabía que no existía. **(Hace una larga pausa, como si recordara algo sucedido entonces.)** Estábamos en un círculo vicioso del que nadie hacía nada por salir. Carolyn no disimulaba su disgusto por el fracaso de una idea que había partido de ella. Pero no se resignaba. Un día, durante el almuerzo, nos anunció que intervendría en la sesión de aquella misma tarde. Después se retiró a su apartamento. Cuando llegó la hora, seguía en él. Mentiría si dijera que estábamos impacientes por escucharla. A esas alturas, toda nuestra actividad se reducía a cultivar nuestro miedo, y la desarrollábamos de forma tan rutinaria que resultaba tediosa. Ya nadie esperaba que nuestra forzada convivencia deparara sorpresas agradables. Sin embargo...

PETER.- Deberíamos llamar a la señorita Doll, ¿no creen?

SANDRA.- ¿Para qué?

GARY.- Se habrá quedado dormida.

PETER.- Precisamente por eso. Se enfadará si no la despertamos.

DONALD.- **(Golpeando la puerta de CAROLYN con los nudillos.)** ¡Señorita Doll!

VOZ DE CAROLYN.- ¿Sí?

DONALD.- Es la hora.

VOZ DE CAROLYN.- Gracias. Ahora mismo salgo a escena.

THOMAS.- La puerta del apartamento se abrió. En el umbral apareció Carolyn.

(CAROLYN luce una rara indumentaria que remeda a la Estatua de la Libertad. A modo de túnica, una sabana envuelve su cuerpo. Sobre la cabeza lleva, en delicado equilibrio, una artesanal corona confeccionada con objetos de desecho. Siete vistosas varillas representan los rayos que adornan el modelo original. La mano derecha sostiene, en alto, una brocha con la escobilla bañada en pintura roja. Vestida de ese modo recorre la estancia, ante el asombro de sus compañeros. Terminado el recorrido, pide a THOMAS

que le ayude a encaramarse a un sillón y, luego, a la mesa.)

CAROLYN.- ¿Les ha dado un aire? Vamos, pongan otra cara. Ya sé que entre el original y yo no hay comparación posible. No se callen, digan que soy una pésima copia. Una vulgar reproducción a escala reducida. Pero en algo gano a la estatua: ella es rígida y fría y yo soy de carne y hueso.

DONALD.- Imposible negarlo.

CAROLYN.- Ella es muda y yo hablo.

DONALD.- También, también.

CAROLYN.- Pero no pienso gastar muchas palabras.

THOMAS.- Se ha comprometido a contarnos algo.

CAROLYN.- La historia de alguien que a lo mejor está medio muerta, pero que se resiste a estarlo del todo. La historia de una persona llamada Carolyn Doll que no está dispuesta a perecer asfixiada dentro de esta burbuja y va a hacer cuanto esté en sus manos por sentirse viva. ¡Están ustedes invitados a acompañarme! Señor Bruner, Sandra, Peter... Usted también, Thomas. Quiero verles con la sonrisa puesta, de oreja a oreja. ¿Listos? (**Arroja la brocha a las manos de PETER.**) Cuida de que no se apague. La llama, siempre viva.

(**CAROLYN se despoja de la corona y adopta una pose de vedette de music-hall. Con picardía, deshace el nudo que sujeta la sábana y ésta se desliza hasta el suelo.**

CAROLYN se queda en ropa interior. El sujetador y las bragas están decorados con las barras y las estrellas de la bandera norteamericana. Asida a una imaginaria barra vertical, obsequia a sus atónitos espectadores con un amplio repertorio de ejercicios que culmina desprendiéndose de la pieza superior, que agita como una bandera. Cuando concluye la vibrante y sensual danza, permanece unos segundos impudicamente expuesta a todas las miradas.)

CAROLYN.- (**Dedicando a GARY una amplia sonrisa.**)
¡En porretas! ¿No era así como quería verme?

(Ante el desconcierto de GARY, salta al suelo y desaparece en su apartamento.)

- VII -

La sala está vacía. THOMAS sale por un lateral y se dirige al público.

THOMAS.- El numerito de Carolyn tuvo un efecto extraordinario. Cuando Sandra y ella no estaban delante, era el tema de todas nuestras conversaciones. Estábamos de acuerdo en que se trataba de una mujer apetecible y en que ninguno tendría inconveniente en mantener un *affaire* con ella. Hubo quien lo intentó, aunque se lo callara, seguramente porque no tuvo éxito. Carolyn ocupó, al menos durante algunos días, buena parte de nuestros sueños, aunque evitábamos hablar de ellos, quizá por pudor. Todavía hoy, al recordar alguno de los míos, me sonrojo. Peter fue la excepción. A él no le importó hablar de los suyos. Hubo uno muy curioso. Sabíamos que había empezado a padecer pesadillas. Al principio, espaciadas, pero últimamente se repetían noche tras noche. La que siguió a la espectacular actuación de Carolyn, no se libró de ella. Llegó puntual. Sin embargo, no concluyó como de costumbre, despierto sentado en la cama y bañado en sudor.

(El sueño invade el escenario. THOMAS, aunque no forma parte de él, permanece quieto, convertido en testigo de lo que sucede. GARY, sentado en un sillón, duerme reclinado sobre la mesa. DONALD sale de algún lugar y se dirige al vídeo. Le pone en funcionamiento. Se oye un gran estruendo y en la pantalla aparece una vista aérea de la Zona Cero. La puerta del apartamento de PETER se abre y el joven aparece en el umbral, sin llegar a traspasarlo. La cámara hace tomas cada vez más próximas al suelo y, a medida que desciende, los edificios que la rodean van desapareciendo, hasta que sólo queda la imagen de un enorme cráter negro. De su interior brota una especie de lodo que se va extendiendo por la estancia hasta

alcanzar los pies de GARY. El contacto con la masa viscosa, le despierta. Se inclina para tocarla con las manos. Hace un gesto de repugnancia.)

VOZ DE GARY.- (Atronadora.) ¿Qué mierda es esta?

(GARY huye precipitadamente, tropezando con cuanto encuentra a su paso. Del fango emerge el cuerpo de un águila calva americana. Cuando DONALD, que permanece frente al aparato lo ve, abandona el lugar. El ave está malherida. De su pecho desgarrado brotan hilos de sangre. Dos potentes focos se encienden en el suelo y proyectan sobre el cielo sendos haces luminosos azules. Entre ambas columnas de luz queda enmarcado, en las alturas, un círculo lleno de estrellas. Hacia él lanza su mirada el ave y a él quiere llegar, pero sus esfuerzos por alzar el vuelo son inútiles. Se diría que una rama de olivo y un manojo de flechas que lleva en las garras son un lastre que, junto a su maltrecho estado, le impiden alcanzar la constelación. PETER se encierra en su apartamento. Poco después, aparece CAROLYN luciendo las mismas prendas que en su actuación. Golpea con los nudillos la puerta del joven. Sin esperar a que éste responda, la empuja suavemente y entra. Instantes después, empieza a sonar el himno de los Estados Unidos. Impulsado por sus notas, el águila inicia la ascensión, pero lo hace con tanta lentitud y pesadez que no logra ganar altura. Se desprende de la rama de olivo y, al punto, se aleja del lodazal y emprende, con las alas desplegadas, el viaje. PETER, que reaparece desnudo, contempla como poco a poco el ave se va adueñando del espacio vacío. Su silueta se proyecta contra el fondo y, estando ya próximo al círculo estrellado, interrumpe el vuelo y se convierte en estampa emblemática. Ante ella aparece el busto de George Bush. Con la mirada puesta en el infinito escucha los últimos compases del himno. Tras una breve pausa, inicia una proclama que se difunde a través de docenas de micrófonos. PETER, empequeñecido ante las monumentales proporciones de las imágenes que contempla, la escucha en directo.)

BUSH.- La herida del once de septiembre está fresca. No hemos olvidado a las víctimas. Rezamos cada día por ellas.

Los terroristas y quiénes les apoyaban declararon la guerra a los Estados Unidos. Y es la guerra lo que van a obtener. La guerra contra el terror. Convocamos a las naciones amigas a caminar a nuestro lado en la que será, de ahora en adelante, la prioridad nacional. Que sepan todos, amigos y enemigos, que nuestra nación tiene una misión y que la va a cumplir. Los criminales pagarán su precio. Responderemos a las amenazas contra nuestra seguridad y defenderemos una paz justa y duradera. Nuestra lucha contra el terrorismo es un enfrentamiento entre voluntades en el que la perseverancia es poder. Haremos cuanto sea necesario para lograr una victoria aplastante. Para esta batalla entre el bien y el mal, reclamo vuestra confianza. ¡La exijo! A cambio, tendréis mi protección. Bajo mi liderazgo y con la ayuda de Dios, vamos a golpear con contundencia allí donde debemos hacerlo, porque nos ampara la razón y la fuerza. No esperaremos a que el enemigo alce su brazo amenazador. Bastará con que tengamos la sospecha de que va a hacerlo, para que nos anticipemos. No pretendo conocer todos los caminos de la Providencia, pero, por encima de lo que la Historia y la existencia nos aconsejen, confío en que el Dios que nos protege guíe nuestros pasos. Podemos hacer que cualquier acción que emprendamos concluya del modo y en la hora en que decidamos. También sabemos que podemos dominar el mundo. Ahora estoy convenido de que debemos hacerlo. Nuestra misión es librarle de cuanto le corrompe y reconstruirlo a nuestra imagen y semejanza. Dibujaremos un nuevo mapa que responda a nuestros legítimos intereses. La tarea será larga. Pero vamos a emplear todos los medios necesarios y apropiados contra nuestros enemigos. América actuará con decisión y la causa de la libertad prevalecerá. **(Mirando desde la altura a PETER, en tono amistoso.)** No podemos ceder, Peter. No vamos a ceder.

PETER.- **(Con emoción.)** No, señor.

BUSH.- Cuento contigo.

PETER.- ¡Sí, señor!

(Himnos militares cierran el discurso del Presidente, al tiempo que se produce una espectacular lluvia de barras y estrellas que se convierte en un mar de banderas. Antes de que Bush desaparezca de su vista, PETER alcanza a verle con uniforme de piloto de guerra, diciéndole adiós con la mano. El joven le devuelve el saludo. A unos pasos, CAROLYN se

muestra como una bandera viva. PETER, enfebrecido, la abraza. Mientras la pareja regresa al apartamento, la espectacular escenografía se borra y, la música, calla.)

- VIII -

DONALD y GARY ocupan sendos sillones. Con barba de varios días y aire cansado, ofrecen un aspecto deplorable. Aunque están en actitud de conversar, permanecen inmóviles.

THOMAS.- (Al público.) Donald no hizo ningún comentario sobre el sueño, pero era evidente que no le agradó y eso que Peter omitió señalar que él y Gary eran los que aparecían en sus pesadillas. No tardé en averiguar el por qué de su silencio. Desde mi rincón, fui testigo de una interesante conversación.

GARY.- Sueños como el de Peter, emocionan.

DONALD.- ¿De verdad?

GARY.- Estoy seguro de que, al lado de los suyos, los nuestros no tienen color.

DONALD.- Me quedo con los míos.

GARY.- Fantasías de cincuentón... Las conozco bien.

DONALD.- En mi caso, no son muy distintas de las que me inspiraba el *Playboy*, y entonces era un chaval.

GARY.- El muchacho ha contado su sueño como si lo hubiera vivido.

DONALD.- Haría bien en olvidarlo cuanto antes. Ha sido tan desagradable...

GARY.- ¿Desagradable? ¿Qué tiene que envidiar Carolyn a esas conejitas que nos la ponían dura?

DONALD.- No me refiero a Carolyn.

GARY.- ¿A quién, entonces?

DONALD.- A su idolatrado Presidente...

GARY.- También es el suyo.

DONALD.- Lo sé, lo sé. Pero procuro verle y oírle lo menos posible. Por más vueltas que le doy, no logro averiguar que pintaba ahí. ¿Usted lo sabe?

GARY.- Me lo imagino.

DONALD.- ¿Puede ser algo así como que, en brazos de Carolyn, el niño se ha hecho hombre, y el hombre siente la necesidad de demostrar que lo es, y qué mejor para ello que apuntarse a una empresa patriótica llena de riesgos?

GARY.- ¿Le parecería mal?

DONALD.- Francamente, sí. ¿Qué clase de individuo es un presidente que no tiene reparos en meterse en la cama de un ciudadano que está en plena faena con el propósito de reclutarle para una causa disparatada?

GARY.- No me parece correcto que emplee ese lenguaje para referirse al Presidente.

DONALD.- (**Sin hacerle caso.**) Lo que no entiendo es como se coló ese charlatán en el sueño del muchacho.

GARY.- Insisto en que mida sus palabras.

DONALD.- (**Dando con la respuesta.**) ¿Por qué se le ocurriría a la señorita Doll cubrirse con esos minúsculos pedazos de tela? Ahí está la clave. ¡Barras y estrellas!

GARY.- ¡Es nuestra bandera!

DONALD.- ¿De dónde sacaría esos retales?

GARY.- Está hablando de un símbolo.

DONALD.- Que respeto tanto como usted siempre que esté donde tiene que estar. No me gusta verlo en coches, camisetas, toallas, cortinas, osos de peluche y tartas de cumpleaños. Y mucho menos, decorando bragas y sostenes. Aunque, quizás, usted tenga otra opinión sobre esta fiebre consumista. ¿No habrá, entre sus negocios, alguno dedicado a la fabricación de banderines? ¿No será suya la empresa que anuncia en la prensa la venta de banderas de diseño para el jardín de la casa o para cubrir el tejado por la módica cantidad de veinte dólares? Me tranquilizaría si me dijera

que no, porque, en tal caso, es probable que esté conmigo en que es una profanación que el emblema nacional roce un cuerpo desnudo, aunque ese cuerpo sea tan deslumbrante como el de la admirada señorita Doll.

GARY.- ¿A qué está jugando?

DONALD.- ¡Poderosa bandera! Su presencia ha hecho posible que al bueno de Peter se le haya aparecido el fantasma de ese iluminado.

GARY.- Podría denunciarle por lo que está diciendo.

DONALD.- Hágalo si es que salimos de ésta. Y añada a la acusación que no me he recatado en afirmar que el discurso de ese predicador es tan peligroso como falso. El tipo estaba con el agua al cuello y ha encontrado en el terrorismo una buena tabla de salvación. Esgrime su amenaza para asegurarse el respaldo de los ciudadanos. Como el hechicero de la tribu, baila una danza guerrera y no para hasta que todos están dispuestos a sumarse a su cruzada. Pero que nadie crea que pondrá demasiado empeño en erradicarle. Le viene bien que exista y, si llegara a temer por su desaparición, no dudaría en alimentarle bajo cuerda. ¿Por qué no lo habría de hacerlo? Algunos de sus predecesores lo han hecho.

GARY.- ¡Es usted un hijo de puta!

DONALD.- Aunque el invento puede volverse contra él.

GARY.- ¡Le he llamado hijo de puta!

(DONALD parece no oír los insultos. Al menos, no se da por aludido. Es como, si de repente, toda su atención se hubiera concentrado en alguna idea que le ha venido a la cabeza. Esboza una leve sonrisa y habla como dirigiéndose a un oyente invisible, ignorando deliberadamente la presencia de GARY.)

DONALD.- Había en mi pueblo un comercio en el que se vendía todo lo que el vecino más exigente pudiera necesitar, desde comida, hasta zapatos y tejidos. Podían encontrarse aperos de labranza y herramientas de todo tipo. Martillos, limas, serruchos... También productos de droguería y abonos para el campo. Al dueño le llamaban Tío Wilson. Yo no llegué a conocerle. Fue mi padre el que me habló de él. Era

un hombre despierto que no dejaba pasar ninguna oportunidad que se le presentara de hacer negocio. En cierta ocasión, el pueblo sufrió una invasión de ratas. Procedían de un vertedero de basuras que había en las afueras. Las autoridades pensaron que, si desaparecía el vertedero, las ratas se irían, y decidieron clausurarlo. Los únicos reparos los formuló Tío Wilson.

GARY.- Oiga, ¿por qué no le cuenta a otro las hazañas del tendero de su pueblo? **(Ante el silencio de DONALD, añade.)** Sus chorradas me la traen floja.

DONALD.- (Aguarda a que GARY calle.) Tío Wilson argumentó que aquel depósito de desperdicios era necesario para la comunidad y que debía conservarse. Para solucionar el problema, se ofreció a fabricar un veneno que acabara con la plaga. Autoridades y vecinos aceptaron la propuesta. Así que Tío Wilson...

GARY.- ¡Váyase a la mierda!

DONALD.- (Elevando el tono de voz.) Así que Tío Wilson elaboró el veneno y lo puso a la venta. Durante algunos meses no dio abasto para atender la demanda. El invento le proporcionó cuantiosos beneficios.

GARY.- (Yendo hacia su apartamento.) ¡No le soporto!

(DONALD le cierra el paso y le escupe sus palabras.)

DONALD.- Pero el veneno resultó tan eficaz que la población de roedores empezó a mermar y las ventas cayeron en picado.

(GARY se abalanza sobre DONALD y trata de apartarle de su camino. THOMAS se dispone a intervenir. El forcejeo concluye con DONALD en el suelo. Antes de que se incorpore, GARY se refugia en su apartamento.)

THOMAS.- (Acudiendo en auxilio de DONALD.) ¡Señor Roster!

DONALD.- (Sacudiéndose la ropa.) No ha sido nada, Evans.

(DONALD se acerca a la puerta de GARY y sigue su relato en voz alta. CAROLYN y PETER se asoman a la sala y, no entendiendo nada de lo que sucede, se limitan a seguir con curiosidad la escena.)

DONALD.- Teniendo en cuenta lo perjudicial que podía resultar para su próspero negocio que en el pueblo no quedara ni una rata, Tío Wilson urdió un diabólico plan. Con la complicidad de su familia y de algunos empleados fieles se dedicó a sembrar de basura los alrededores del pueblo y en cada uno de los nuevos vertederos soltó tres o cuatro ratas. No tuvo que esperar mucho para comprobar el resultado de la operación. Volvieron los roedores y, con ellos, el negocio resucitó. Sin embargo, pronto se comprobó que el producto apenas hacía efecto. Las nuevas generaciones eran resistentes al veneno. Las ratas volvieron a invadir el pueblo y, esta vez, nadie logró frenar su avance. Cuantos intentos se hicieron por expulsarlas, resultaron inútiles. Ni el flautista de Hamelín lo hubiera conseguido. Se metieron en las casas, vaciaron las despensas y los almacenes. Nada escapó a su voracidad. Llegaron a enfrentarse a las personas. Cientos de vecinos abandonaron el pueblo. Un buen día, las ratas desaparecieron. La noticia se extendió como un reguero de pólvora y la gente retornó a sus casas. Los daños eran cuantiosos, pero, poco a poco, se fue volviendo a la normalidad. Llamó la atención que el comercio de Tío Wilson permanecía cerrado, de modo que las autoridades decidieron inspeccionar su interior. Allí, las ratas también habían hecho su agosto. Habían dado cuenta de todas las existencias. Pero se produjo un hallazgo inesperado. En medio de tantos estantes vacíos y de cajas rotas, apareció el cadáver de un hombre lleno de mordeduras. Se trataba de Tío Wilson. ¡Quien siembra vientos, cosecha tempestades! ¿No tiene nada que preguntarme, Bruner? ¿No le interesa saber por qué se fueron las ratas?

(DONALD no obtiene respuesta.)

CAROLYN.- ¿Por qué se fueron, señor Roster?

DONALD.- La carne de Tío Wilson les pareció repugnante.

(Se produce un largo silencio, sólo roto por la descarga de una cisterna. Al cabo, DONALD lanza un grito en dirección al apartamento de GARY.)

DONALD.- ¡No somos los policías del mundo! ¡Ya es hora de que recojamos el imperio!

(Al otro lado de la puerta se oye el golpe seco de un objeto arrojado con furia. De nuevo, silencio. Y rostros apesadumbrados. De pronto, SANDRA sale precipitadamente de su apartamento.)

SANDRA.- ¡Señor Evans! ¡Señor Evans!

THOMAS.- ¿Qué hay, señorita Holt?

SANDRA.- ¡No tenemos agua! ¡He descargado la cisterna y no se ha vuelto a llenar!

- IX -

La suciedad se ha apoderado de la estancia. Los inquilinos del refugio, cuyo aspecto denota un gran abandono en su aseo personal y en el cuidado de su ropa, parecen seres extraviados a los que el azar ha reunido en un lugar siniestro. CAROLYN tiene la mirada puesta en algún lugar del techo. SANDRA la observa por el raballo del ojo y, de vez en cuando, alza la vista tratando de adivinar qué es lo que reclama su atención.

SANDRA.- (Incapaz de contener su curiosidad.) ¿Usted también las oye?

CAROLYN.- ¿Oír? ¿El qué?

SANDRA.- Las pisadas.

CAROLYN.- ¿Qué pisadas?

SANDRA.- En el piso de arriba...

CAROLYN.- No, no las oigo.

THOMAS.- Arriba no hay ningún piso.

SANDRA.- ¿Qué hay?

DONALD.- Toneladas de hierro y hormigón.

SANDRA.- Y gente. Hace días que siento sus pasos. Es posible que nos estén buscando. Debiéramos enviar alguna señal.

DONALD.- Nadie nos busca.

SANDRA.- ¿Qué es lo que llama su atención, Carolyn?

CAROLYN.- La claraboya. Veo las estrellas y las cuento.

SANDRA.- (**Mirando a lo alto.**) No hay ninguna claraboya.

GARY.- Si se la imagina, acabará por verla.

DONALD.- (**Ante la incredulidad de SANDRA.**) Hágale caso. Sabe de qué habla. Hay algo en el ambiente que da apariencia de realidad a las fantasías más absurdas. ¿No sabe que Peter ha recibido la visita del mismísimo Presidente?

SANDRA.- ¿Del Presidente de los Estados Unidos?

DONALD.- ¡Como lo oye!

SANDRA.- ¿Aquí?

DONALD.- ¡Aquí! Cuéntaselo, Peter.

PETER.- Soñé con él. Eso es todo.

GARY.- (**A DONALD.**) ¿Va a seguir tocándonos los cojones con sus provocaciones?

DONALD.- Sólo quería explicarle a Sandra que en esta vida no hay nada imposible.

GARY.- (**A dos pasos de DONALD.**) Si sigue por ese camino, juro por Dios que le abriré la cabeza.

DONALD.- No me asustan sus amenazas...

THOMAS.- Señores, no tiene sentido que en nuestra situación nos enzarcemos en disputas que no conducen a

ninguna parte. (**Dirigiéndose a los demás.**) No sé lo que pensarán ustedes.

GARY.- ¡Estoy harto de sus embustes!

CAROLYN.- Y yo de tantas peleas.

GARY.- Roster es un cabrón.

DONALD.- Primero me amenaza, luego me insulta...
¿Qué más tengo que soportar?

GARY.- No tolero que se burle de las cosas que respeto.

DONALD.- ¿Hay alguna que respete, aparte del dinero?

GARY.- Siento debilidad por la patria. Usted, Roster, la odia.

DONALD.- A la patria no. A los que la utilizan en su beneficio.

GARY.- (**Atajándole.**) Es incapaz de hacer nada por ella. Cada vez que abre la boca, la ofende.

DONALD.- No, no, no, ¡no!

CAROLYN.- Dejen de comportarse como niños enrabiados.

SANDRA.- No se quede cruzado de brazos, señor Evans. ¡Imponga su autoridad! ¡Haga algo!

THOMAS.- Aquí nadie es más que nadie. Si acaso, yo soy menos que cualquiera de ustedes. ¿Qué más puedo hacer que apelar a su cordura? Llevamos juntos algún tiempo. Hasta ahora hemos convivido como seres civilizados, nos hemos tolerado... Debería seguir siendo así. Y, sin embargo...

SANDRA.- Sin embargo, ¿qué?

THOMAS.- Las cosas están cambiando. Hemos empezado a mostrar lo peor de nosotros mismos.

GARY.- Al amigo le gustaría que nuestra nación fuera diminuta, que pasara desapercibida.

PETER.- ¿Alguien puede desear eso?

GARY.- ¡Él!

PETER.- Diga que no, señor Roster.

GARY.- Como los cobardes, sólo aprecia lo minúsculo, lo

que está hecho a su medida. Todo en él es pequeño, mezquino.

PETER.- (A DONALD.) Le ha llamado cobarde y permanece impasible. Yo no sería capaz.

THOMAS.- Peter, por el amor de Dios...

PETER.- Me decepciona su falta de coraje.

DONALD.- ¿Quién te ha dicho que no lo tenga?

PETER.- Si tuviera un gramo, un solo gramo, lo mostraría.

GARY.- Estados Unidos no se merece esta clase de gente.

DONALD.- Soy tan americano como el que más.

GARY.- Ciudadanos como usted, sobran. Sobre todo ahora, cuando tantos se empeñan en poner a prueba nuestro poderío.

DONALD.- ¡Otra vez la vena patriótica!

GARY.- Patriotismo y coraje van de la mano.

DONALD.- Pobre país el que para ser grande necesita del coraje de sus hijos. ¿No hay otras virtudes a tener en cuenta para conseguirlo? ¿Es que no podemos ser ciudadanos corrientes? ¿Por qué ante el menor contratiempo ponemos la defensa de nuestras libertades en manos de aventureros? ¿Es que el sentido común y la prudencia ya no sirven para nada?

GARY.- En usted, prudencia y miedo son una misma cosa.

THOMAS.- Es suficiente, señores...

DONALD.- Donald Roster no conoce el miedo. Nunca le ha conocido. Ni siquiera cuando combatió en Vietnam.

PETER.- ¿Estuvo en Vietnam?

DONALD.- Estuve. Se presenta el soldado de primera clase Donald Roster. Veinticinco años. Recién casado.

GARY.- No le hagas caso, muchacho. Miente.

(DONALD se despoja de la camisa y muestra el torso desnudo. En el antebrazo luce un tatuaje que reproduce parte del reverso del Gran Sello de los Estados Unidos: un ojo sobre la cima de una pirámide)

truncada y una de sus leyendas, la que figura en la cinta que ocupa la parte inferior.)

DONALD.- Me lo hice una semana antes de partir.

(Todos, excepto GARY, le rodean. SANDRA pone el dedo en el dibujo.)

SANDRA.- (Lee.) *Novas ordo seclorum...* ¿Qué significa esto?

DONALD.- Un nuevo orden de siglos.

SANDRA.- Bonito, ¿no?

GARY.- No se dejen impresionar. Roster no es el único que estuvo en Vietnam.

DONALD.- Claro que no. Fuimos miles los que pasamos por aquel infierno.

GARY.- ¿Quién se acuerda ya?

DONALD.- ¡Yo!

SANDRA.- Una guerra no es cualquier cosa.

GARY.- Deja de ser noticia cuando acaba.

DONALD.- Se echan cuentas de lo que se ha ganado, de lo que se ha perdido, se hace balance, y borrón y cuenta nueva. Eso es lo que quiere decir Bruner. Por lo que veo, conoce muy bien el mecanismo.

GARY.- ¡Patrañas! Además, habla de una guerra que, en rigor, no existió.

DONALD.- ¿Qué fue, una guerra virtual?

GARY.- Desde el punto de vista legal, ni eso. ¿Por qué en lugar de maldecir nuestra historia y de llenar de sombras el pasado, no nos cuenta que el veintiuno de julio de 1969 un americano llamado Neil Armstrong se convertía en el primer ser humano en llegar a la Luna?

DONALD.- Porque mientras el Apolo viajaba por el espacio, un puñado de hombres al mando de un capitán de caballería descerebrado nos dirigíamos al combate y justo cuando Neil pisaba el suelo gris y polvoriento de la Luna, nosotros caíamos en una emboscada. Mientras la imagen del

héroe daba la vuelta al mundo, yo estaba atrapado en un cenagal a punto de convertirme también en héroe. Anónimo, claro. Y a mi pesar. Según me iba hundiendo, me cagaba en los muertos del que nos había dicho que morir por la patria es dulce y honorable. ¡Mentiroso hijo de la gran puta! ¡Ni dulce, ni honorable! ¡Amargo e inútil! Salvé la vida, me concedieron un Corazón de Púrpura en agradecimiento a los servicios prestados y fui enviado de vuelta a casa. Para entonces, todo mi fervor patriótico se había apagado. Había dejado de ser un joven inocente. Guardé la condecoración para regalársela a Martha. Martha era mi mujer. Suponía que le haría ilusión. Pero Martha me reservaba una sorpresa. Una sorpresa muy, muy desagradable. Yo le había pedido a mi mejor amigo que durante mi ausencia cuidara de ella. Cumplió con creces el compromiso, hasta el extremo de abandonar a su propia esposa. Tiré el Corazón de Púrpura al cubo de la basura.

GARY.- (Suelta una gran risotada.) ¡Se estaba cepillando a su mujer!

DONALD.- (Poniéndose la camisa.) Divertido, ¿verdad?

(Se hace un silencio impresionante. GARY retrocede. CAROLYN vuelve a mirar hacia las alturas.)

GARY.- Perdón. Lo siento, Roster. No tenía intención de... Bueno, lo siento. ¿Qué más puedo añadir?

SANDRA.- (A DONALD, tras una pausa.) ¿Por qué estalló esa guerra?

DONALD.- Qué más da.

PETER.- (Desilusionado.) ¿Participó en ella y le da lo mismo?

DONALD.- Cuando empezó, yo era muy joven. Más joven que tú. Si alguien explicó qué demonios hacía nuestro ejército en un lejano rincón de Asia, no lo recuerdo. Luego, cuando me tocó ir, ya estábamos metidos de hoz y coze en el conflicto. Para entonces, sobraban argumentos para justificar que estábamos luchando por una buena causa.

SANDRA.- ¿A qué llama una buena causa?

DONALD.- Cualquiera que nos toque muy dentro y nos anime a colaborar, lo es. Entonces se hablaba mucho de

frenar la amenaza comunista. Ahora, de terrorismo. Los americanos somos tan ignorantes o ingenuos que no hay que ser un cerebro para sacarse de la manga alguna golosina con la que engatusarnos.

CAROLYN.- A lo mejor, aquella gente tenía algún problema y nos empeñamos en solucionarlo.

SANDRA.- ¿Por qué precisamente nosotros?

CAROLYN.- Ha ocurrido otras veces.

DONALD.- Hay quien dice que nuestras intervenciones militares son ejercicios de generosidad. Nos creemos indispensables.

SANDRA.- ¿Lo somos?

GARY.- (**Rompiendo bruscamente su silencio.**) Nuestro estilo de vida es un ejemplo para el resto del mundo.

DONALD.- ¡Ya salió! Nuestra insoportable arrogancia. Alguien habló una vez de la arrogancia del poder. Nos jactamos de ser el pueblo escogido para remodelar el universo, para recrearlo a nuestra imagen y semejanza. Lástima que seamos unos pésimos imperialistas.

GARY.- Ya está bien de disparates. Se está burlando de cosas muy serias. ¿Por qué le siguen el juego?

DONALD.- ¿De qué juego habla? Son otros los que juegan con nosotros. Se empeñan en convencernos de que hay que intervenir en todos los asuntos del mundo para exportar nuestra idea de la libertad y de la justicia, de que nuestra misión es difundir las virtudes democráticas que nos adornan...

PETER.- ¿Qué hay de malo en eso?

DONALD.- Dicho así, nada. Aunque me parece excesiva la pretensión de que nadie quede excluido de su disfrute. Y el colmo, que aspiremos a que la humanidad acabe siendo un poco americana. No niego mi escaso fervor patriótico, pero esos sentimientos no me parecerían mal si los expresara un pueblo joven y algo ingenuo. Pueden tolerársele ciertos excesos y hasta algunos errores, propios de la inexperiencia y, en nuestro caso, según algunos, de nuestra falta de cultura.

CAROLYN.- Estados Unidos es un país joven.

DONALD.- Cada vez menos. Yo diría que ya no lo es. No podemos seguir padeciendo el síndrome de Peter Pan.

Tenemos que comportarnos como adultos y eso supone aceptar que el patriotismo del que hacemos gala es pura fachada, que son otras las razones que nos mueven a meter las narices en todas partes. Detrás de tantas y tantas guerras está el control de los recursos mundiales. Los negocios sucios, la compra de voluntades, el apoyo a políticas criminales... Todo se va mezclando. Todo vale. Hemos exportado demasiada basura y el mundo ha empezado a devolvérsela. No hay otra verdad. Nuestra propia basura se está convirtiendo en una amenaza para Estados Unidos. Ya lo es. Ya estamos padeciendo los efectos. Somos una nación herida. Nuestra supervivencia está en peligro. ¿Y qué hacemos para evitarlo? ¡Nada, cielos, nada! Dejarnos arrastrar hacia el desastre por un iluminado.

PETER.- El presidente Bush, a él se refiere, ha cogido el toro por los cuernos. Él sabe lo que hay que hacer. Somos nosotros los que le hemos abandonado, los que nos hemos metido bajo tierra mientras otros con más agallas nos sacan las castañas del fuego. Somos pedazos de mierda. Nuestro comportamiento es indecente.

(Hay un silencio embarazoso.)

THOMAS.- El señor Roster es un veterano de guerra.

PETER.- Hizo bien en deshacerse de la condecoración. No se la merecía.

THOMAS.- Te prohíbo que hables así al señor...

DONALD.- **(Le interrumpe con un gesto.)** Déjele. No me ha ofendido. Es más, creo que nadie debiera ser condecorado. ¿Para qué sirven las medallas? ¿Qué sentido tienen? No debieran existir.

PETER.- Yo, si algún día me concedieran una, no la rechazaría.

(SANDRA aprovecha el nuevo silencio que se produce para llevarse la mano a la oreja y tratar de captar algún sonido exterior. No tarda en desistir.)

SANDRA.- ¿Saben? Ya no oigo los pasos.

CAROLYN.- Ni yo veo las estrellas.

SANDRA.- Hace un momento las estaba contando...

THOMAS.- No hay ninguna claraboya en el techo, señorita Holt.

SANDRA.- Es verdad. Se la había inventado Carolyn para burlarse de mí. (A CAROLYN.) Me ha mentido.

CAROLYN.- No le mentía a usted. Me mentía a mí. A veces imagino ventanas para contemplar lo que hay al otro lado y no volverme loca. Usted no necesita de esos inventos absurdos. Reza, y eso debe ser suficiente para sobrevivir. Cuando la veo rezar, me da envidia.

SANDRA.- No rezo. Hablo sola. Hace tiempo que dejé de rezar. He olvidado las oraciones.

- X -

La estancia está vacía. Permanece en penumbra. La luz roja del panel se apaga. Los demás pilotos parpadean y producen sucesivamente destellos naranjas, amarillos y azules. Por último, se ilumina el verde. Todavía pasa algún tiempo sin que nadie de señales de vida. Al cabo, CAROLYN sale de su apartamento. Estira los brazos y bosteza. Luego permanece quieta como si no tuviera ánimos para nada. Decide regresar al apartamento y, a punto de entrar en él, percibe que la luz que llega desde el panel no es la habitual. Vuelve la cabeza y descubre el cambio que se ha producido. No acierta a reaccionar. Mira a todas partes, como si no acabara de creérselo. De pronto, grita.

CAROLYN.- ¡La luz! ¡La luz verde! ¡Se ha encendido la luz verde!

(Poco a poco, empieza a percibirse algún movimiento en los demás apartamentos, pero el primero en responder a los gritos es THOMAS, que, despertado

bruscamente, sale aturdido de su rincón.)

THOMAS.- ¿Qué son esos gritos? ¿Pasa algo? **(Al ver a CAROLYN.)** Carolyn... ¿Qué hace aquí? Aún es de noche.

CAROLYN.- Thomas...

THOMAS.- ¿Se encuentra mal?

CAROLYN.- El panel... La luz...

THOMAS.- ¡El piloto verde!

CAROLYN.- **(THOMAS se acerca al panel.)** ¿Ve lo mismo que yo? Dígame que no son alucinaciones mías.

THOMAS.- No lo son.

(CAROLYN golpea las puertas de los apartamentos, provocando una cascada de quejas, insultos y juramentos. Luego se cuelga del cuello de THOMAS y le devora a besos. Así les sorprenden los demás a medida que van saliendo. En una fracción de segundos pasan del enfado a la sorpresa, de la sorpresa al alboroto, y del alboroto a un abanico de comportamientos diversos. GARY, en un estado de ansiedad incontrolable, se precipita hacia la puerta del ascensor y la golpea varias veces; DONALD pasa de un asomo de emoción contenida a un profundo abatimiento; PETER se une a la alegría de CAROLYN y de THOMAS tan pronto como éste se zafa de las efusiones de ella; y SANDRA, con la mirada fija en el panel, va retrocediendo hasta el otro extremo de la sala hasta tropezar con la pared, contra la que permanece apoyada.)

GARY.- **(Increpando a THOMAS.)** ¡Ya podemos salir! ¿A qué esperan para enviar el ascensor?

THOMAS.- Paciencia, por favor. Por fortuna ya ha pasado lo peor.

GARY.- Lo peor habrá pasado cuando estemos arriba.

DONALD.- Por mi parte, no pienso subir hasta que no sepa cual es la situación ahí arriba. ¿Alguien lo sabe?

(Desconcertados, se miran unos a otros.)

GARY.- (A THOMAS.) ¡No se quede como un pasmarote! **(Señalando la pantalla del panel.)** Se supone que la función de esa pantalla es tenernos informados. ¿No fue eso lo que dijo?

THOMAS.- Sí. También advertí de que el sistema no estaba operativo.

GARY.- ¿Lo ha comprobado?

THOMAS.- ¿Para qué?

CAROLYN.- Compruébelo, Thomas. A lo mejor, quién sabe...

(GARY no espera a que THOMAS lo haga. Pulsa insistentemente el botón que hay junto a la pantalla.)

THOMAS.- Créame, señor Bruner. Además, no hay teclado. Falta el teclado.

(GARY golpea la pantalla con los puños. Agotado, ceja en su actitud.)

GARY.- Estamos en sus manos, Evans. Usted dirá lo que tenemos que hacer.

THOMAS.- (Intentando rebajar la tensión.) Lo primero, si les parece, acabar de vestirnos y acicalarnos un poco, lo justo para estar medianamente presentables. Luego, cuando nos reunamos de nuevo, les informaré de las normas de seguridad que tenemos que cumplir para abandonar el refugio. ¿Les parece bien que nos tomemos tres minutos? **(Nadie responde.)** Decidido: tres minutos.

(THOMAS desaparece en su rincón. Los demás permanecen en la sala. Al poco, CAROLYN se encoge de hombros y entra en su apartamento. Regresa con su bolso. Inmediatamente, PETER corre en busca de su mochila.)

CAROLYN.- (A GARY y a DONALD.) ¿No van a por sus chaquetas?

DONALD.- Sí, claro.

(DONALD lo hace enseguida. GARY tarda algo más en decidirse. Antes de entrar en su apartamento, lanza una mirada a la puerta del ascensor.)

PETER.- Señorita Holt, ¿usted no recoge sus cosas?

SANDRA.- Hay tiempo.

(Cuando THOMAS regresa, ya están todos en la sala.)

CAROLYN.- Déjeme que le mire de arriba abajo, Thomas. Está muy elegante, hecho todo un ejecutivo. Ahora sí confío en que el final está próximo. ¿Me permite? (**Le arregla el nudo de la corbata.**) Estaba un poco torcido. Así queda mejor.

SANDRA.- ¿A qué normas de seguridad se refería, señor Evans?

THOMAS.- (A CAROLYN.) Disculpe... (A SANDRA.) Son unas precauciones elementales.

SANDRA.- Ha dicho que nos informaría de ellas.

THOMAS.- Por supuesto. Iba a hacerlo. Lo más probable es que estén esperándonos arriba. En tal caso, lo único que tenemos que hacer es seguir al pie de la letra las instrucciones que recibamos. Pero si no fuera así, al salir al exterior, debemos cubrirnos la boca y la nariz. Si sintiéramos escozor en los ojos, la garganta dolorida o notáramos que nos movemos con dificultad, alejémonos cuanto antes. Vayan a casa, y si está demasiado lejos, acudan a Central Park. Cualquier lugar en el que se pueda respirar a pleno pulmón es bueno para hacer frente a la presencia en la atmósfera de agentes nocivos biológicos o químicos. Para entendernos, me refiero, sobre todo, al ántrax y al gas sarín. Ustedes han oído hablar de ellos. (**Apoya el maletín en la mesa y saca unos pequeños recipientes, que va**

repartiendo mientras habla.) Ahora bien, si la ciudad hubiera sufrido un atentado nuclear, debemos ingerir el contenido de estos recipientes. Es yodo de potasio. Protege la tiroides, que es la parte más vulnerable del organismo.

GARY.- Cualquiera diría que trata de disuadirnos de que salgamos de esta madriguera.

THOMAS.- Señor Bruner, es muy libre de hacer lo que le venga en gana. Somos mayorcitos para decidir por nosotros mismos.

GARY.- Naturalmente. No pienso seguir aquí ni un segundo más de lo imprescindible.

PETER.- Yo también quiero salir cuanto antes. Puede que nos necesiten.

SANDRA.- ¿Qué es lo que vamos a encontrar? ¿Más destrucción? ¿Nuevas heridas, cuando las del once de septiembre no han cicatrizado? Dicen que los malos recuerdos se van borrando con el tiempo, pero, por lo que oigo, no será nuestro caso. Todo se confabula para mantenerlos vivos. Señor Evans, ¿cree que sus palabras nos tranquilizan? ¿Volvería a darme aquel consejo que escuché de sus labios en este mismo lugar? ¿Se acuerda? «Cuando salga de esta ratonera, vaya a Times Square y quédese allí un buen rato», me dijo. ¿Está seguro de que Times Square existe todavía, de que no ha sido reducida a escombros? Yo oía pisadas ahí arriba. Cosas mías. Cosas de Sandra Holt. Sandra está como una cabra. **(Impidiendo que THOMAS responda.)** No lo dicen, pero lo piensan. Yo creía que venían a rescatarnos. Me equivocaba. Eran los que huían de Nueva York. Preferían refugiarse en el subsuelo, como nosotros, a soportar su atmósfera irrespirable.

THOMAS.- ¡Dejó de escuchar los pasos!

SANDRA.- Señal de que ya no estén vivos. Para escapar, tendremos que pasar sobre sus cadáveres. Pisotearlos. No puedo. No estoy preparada para una cosa así. Sólo de pensarlo, me dan náuseas. Tengo el estómago revuelto, creo que voy a...

(SANDRA se lleva la mano a la boca y escapa a toda prisa hacia su apartamento. PETER, vivamente impresionado, hace ademán de seguirla, pero desiste.)

GARY.- Hace treinta y cinco años que llegué a esta ciudad y quedé cautivado por ella y por sus gentes. Aquí, cualquier ambición puede satisfacerse si uno se empeña. Sea cual sea su estado, aunque la hayan convertido en un cementerio, me quedaré. Estoy comprometido con su futuro. Haré cuanto esté en mis manos para que vuelva a ser la de siempre.

DONALD.- La de siempre, no.

GARY.- Sí, la de siempre.

DONALD.- Deje que otros la inventen de nuevo.

GARY.- La quiero como era.

DONALD.- La viva imagen del caos.

GARY.- En ese caos que tanto le desagrada, vivo. Es el que me proporciona toda la energía que me hace ser como soy. Ningún lugar del mundo está tan cerca del cielo.

CAROLYN.- Nueva York es el cielo. Lo era.

DONALD.- (A CAROLYN.) No puede compararse con el cielo algo que es un monumento al desvarío.

CAROLYN.- Yo no quiero meterme en sus disputas. Allá ustedes. Soy una neoyorquina de a pie y mi única ambición es volver a recorrer las calles de Manhattan, buscar a los amigos, ir al cine y al teatro, frecuentar los restaurantes de siempre... y cuando llegue el primer lunes, ir al café Carlydel, sí, al café Carlydel, porque si allí encuentro a Woody Allen tocando el clarinete no tendré la menor duda de que todo está en orden.

GARY.- No lo estará mientras no llenemos el vacío que dejaron las torres.

DONALD.- ¿También se ofrece para rellenarlo? ¿A qué tanta prisa? La última vez que pasé por allí, todavía estaban milagrosamente en pie algunos edificios próximos, con las fachadas cubiertas con lonas negras. ¿No es más urgente derribarlos, antes de que se hundan? Y además, ¿para qué levantar nuevos rascacielos, si todavía quedan cuatro mil cuatrocientos en la ciudad? ¿Qué importan dos más o menos?

(PETER ha seguido la conversación en silencio, pero las últimas palabras de DONALD le irritan hasta el extremo de esgrimir un palo y propinarle un golpe en

la cabeza. La rápida intervención de CAROLYN y THOMAS, impiden que la agresión continúe.)

THOMAS.- (Mientras le desarma.) ¿Qué has hecho, muchacho?

(PETER parece más sorprendido que asustado. GARY permanece impassible.)

CAROLYN.- (Por DONALD.) Está sangrando.

DONALD.- No es nada.

CAROLYN.- No se toque la herida. Voy a curársela.

DONALD.- (Limpiándose con un pañuelo.) No es nada, Carolyn, de verdad. Un rasguño.

THOMAS.- Permita que le atendamos.

(DONALD no le escucha. Se acerca a PETER y le mira fijamente como si estuviera pidiéndole una explicación.)

PETER.- Debería disculparme, pero no pienso hacerlo. He aprendido de mi padre a amar este país. A veces le oigo decir que los que hemos nacido aquí y los que han llegado en busca de trabajo y de paz deberían irse si no están a gusto. Usted no está a gusto, señor Roster. Váyase.

DONALD.- ¿Quién eres tú para decidir lo que he de hacer? ¿Quién te ha dado permiso para conceder certificados de patriotismo? El mío lo obtuve en una guerra, pero lo rompí, porque no era esa la idea que yo tenía de lo que es un patriota. Mi idea no contempla que, para serlo, haya que estar dispuesto a dar la vida por la patria. Ni que para demostrarlo que lo soy, tenga que abrir la cabeza al prójimo que piensa de otra manera. Ya veo que, en eso, compartes los métodos de Bruner. No hace mucho estuvo a punto de anticiparse a tu machada. Escucha esto, exaltado querubín. Mi patriotismo no es el de este iluminado ciudadano que me mira sin apenas disimular sus ganas de rematar tu faena, ni el que te han inculcado los tuyos.

GARY.- Jóvenes como Peter son nuestra garantía.

DONALD.- Desconfío de ellos, tanto como de los embaucadores que les manejan.

GARY.- Le duele que compartan nuestras ambiciones.

DONALD.- ¿Cuál es la suya? La de ver nuevas torres ancladas en las nubes. ¡Todo un símbolo del poder! Pero si se alzan, serán pararrayos que acabarán atrayendo nuevas tormentas. Yo apuesto por que ese lugar se convierta en un solar para el recuerdo, en un monumento que honre la memoria de las víctimas de los atentados de septiembre. La de ellos por encima de todo. Pero también la de las causadas por los despropósitos de unas cuantas generaciones de americanos mediocres y sin escrúpulos movidos por la codicia. Aunque dudo de que nadie rectifique. Construir en Nueva York seguirá siendo una guerra sin cuartel entre los promotores del eterno negocio inmobiliario. Una cuestión de dinero y de política.

(El ascensor se detiene. Antes de que las puertas se abran, la acción se paraliza.)

THOMAS.- **(Dirigiéndose al público.)** Ignoro si en aquel momento, Gary tenía alguna idea clara sobre lo que había que hacer en la Zona Cero. En el caso de que la tuviera, no le dio tiempo a exponerla. La llegada del ascensor interrumpió la discusión. Pero sí la tenía meses después, cuando le telefoneé para resolver la indemnización por los perjuicios causados por el prolongado encierro. Mi empresa asumió toda la responsabilidad por lo sucedido y consiguió que no trascendiera a los medios de comunicación. También resolvió, con ayuda de sus asesores jurídicos, algunos engorrosos problemas surgidos a última hora. La verdad es que nunca llegamos a conocer con detalle las causas que nos llevaron a tan extraña situación. Ya les dije que, cuando visitábamos el refugio, se produjo un aviso de atentado y alguien puso en funcionamiento el sistema de protección. Fue, sin duda, un error. Luego se produjo un fallo técnico seguido de una cadena de nuevos y lamentables errores. **(Hace una pausa.)** Nos citamos en la oficina que Gary tiene en el Equitable Building. **(Sonríe al recordar algo relacionado con aquella visita.)** Por cierto, los despachos y los pasillos estaban llenos de banderas norteamericanas. Las había de todos los formatos y tamaños. Pequeñas

banderas de sobremesa, estandartes, algunas que ocupaban media pared, banderines para agitar en las manifestaciones...

GARY.- ¿Sorprendido?

THOMAS.- Lo estaba, en efecto.

GARY.- El imbécil de Roster me dio la idea. Un día estábamos discutiendo y salió, no recuerdo cómo, el tema de la bandera...

THOMAS.- No quise decirle que fui testigo mudo de aquel enfrentamiento.

GARY.- «¿No habrá entre sus negocios alguno dedicado a la fabricación de banderines?», me preguntó.

THOMAS.- Yo recordaba perfectamente las palabras de Donald.

GARY.- «¿Por qué no?», me dije. Y ya ve. No fabrico banderas. Las vendo. La demanda es increíble. Se ha incrementado nada menos que un setecientos por cien desde aquel once de septiembre.

THOMAS.- Gary me señaló un embalaje en el que ponía «Made in China».

GARY.- Las importo de China. Los pedidos me los sirven dos talleres que hay a las afueras de Shangai. Trabajan a buen ritmo, bien y a mejores precios que nuestros fabricantes. Una sola empleada cose más de cien banderas al día. Pueden producir veinte millones de enseñas al año. Les pago a un dólar la unidad de tamaño medio hecha en poliéster. ¿No es fantástico?

THOMAS.- Le comenté que, si Donald conociera esa actividad, pondría el grito en el cielo.

GARY.- **(Bromeando.)** Mejor que la ignore. Le creo capaz de exigirme el pago de una comisión por haberme dado la pista de un negocio rentable.

THOMAS.- Yo me refería a las relaciones comerciales con China.

GARY.- ¿Qué tienen de malo? Escuche, Evans. En la fabricación de banderas se emplean productos químicos muy contaminantes. ¿Qué necesidad hay de poner en riesgo la salud de nuestros trabajadores? Además, la amistad con China nos interesa y lo que yo hago contribuye a fomentarla.

THOMAS.- Me despedí.

GARY.- ¿Tiene prisa? Quiero hablarle de un asunto.

THOMAS.- Supuse que se refería a aquel proyecto de un mercado de futuros.

GARY.- Olvídense de aquello. No fue una buena idea. Se trata de los locales que compré en Wall Street. Colaboro con la Corporación para el Desarrollo del Bajo Manhattan y tengo información privilegiada sobre lo que se cuece en relación a la Zona Cero. Las cosas empiezan a moverse y tengo que ir pensando en qué hacer con mis propiedades. Me gustaría mostrárselas. ¿Por qué no me acompaña?

THOMAS.- Durante el recorrido, mientras me señalaba los edificios en los que las tenía, no cesó de hablar de la ciudad que habíamos encontrado.

GARY.- Puede que no haya vuelto a estar entre las más seguras del mundo, pero todo se andará. Nueva York es Nueva York, ¡qué caramba! Aquí la vida no se detiene, sigue y sigue y sigue...

THOMAS.- El paseo nos llevó al borde mismo del gran agujero. Nos mezclamos con los vendedores de recuerdos y con las docenas de curiosos que le contemplaban o sacaban fotos de la nada. Yo me sentí, como siempre, aturdido ante tanta desolación. Todo lo contrario que Gary, al que le brillaban los ojos como si delante tuviera grandes moles de hormigón y acero.

GARY.- Cuando empiece la construcción de la Torre de la Libertad, el Bajo Manhattan resucitará y todo alcanzará un valor incalculable.

THOMAS.- Confesé que nunca había oído hablar de la Torre de la Libertad.

GARY.- Es la pieza central del conjunto de edificios que sustituirán al World Trade Center. Tendrá más de quinientos metros de altura. En lo alto habrá una antena afilada como una bayoneta. ¿Se hace una idea?

THOMAS.- Me costaba trabajo imaginarme el resultado. «La ciudad recuperará el perfil de antes», aventuré.

GARY.- Ese edificio va a mostrar al mundo hasta que punto Nueva York es fuerte y tiene confianza en sus ciudadanos. Será bello y espectacular, pero también desafiante. Un aviso para navegantes con el rumbo torcido.

(La puerta del ascensor se abre y de su interior surge una luz potente. Los cinco caminan hacia él sin precipitarse, como si vivieran un momento mágico. En último lugar lo hace THOMAS. CAROLYN, que le precede, se vuelve cuando está a punto de entrar.)

CAROLYN.- Falta Sandra.

DONALD.- Está en su apartamento. Voy a llamarla.

THOMAS.- No se preocupe. Yo la aviso. **(Alzando la voz.)** Señorita Holt, nos vamos.

(La llamada no obtiene respuesta. THOMAS llega hasta la puerta del apartamento.)

THOMAS.- ¿Me oye? Dese prisa. El ascensor espera. Señorita Holt...

(Empuja la puerta y se asoma al interior del apartamento. Al fondo, suspendido del techo, pende el cuerpo de SANDRA. THOMAS lo contempla sobrecogido.)

DONALD.- ¿Pasa algo, señor Evans?

THOMAS.- No. Creo que la señorita Holt está indispuesta. Suban. No se entretengan.

CAROLYN.- Me quedo con usted.

THOMAS.- (Impaciente.) No, no. Váyase con ellos. Digan arriba que envíen un médico. **(Nadie se mueve.)** ¡Vamos! ¿A qué esperan? Aquí ya no pintan nada. ¿Es que no me oyen? ¡Aquí no pintan nada!

(Van desapareciendo en el ascensor. THOMAS permanece frente a la puerta hasta que se cierra. Las paredes del refugio y cuanto hay en él van difuminándose, hasta desaparecer. También el cadáver de SANDRA. Sobre el fondo vacío se recorta la silueta en blanco y negro de Nueva York.)

THOMAS.- (Volviéndose hacia el público.) Días después de que concluyera la aventura, Donald me telefoneó a mi despacho en RNH.

DONALD.- (Desde el fondo.) Perdona que le moleste, Thomas. Le llamo para interesarme por la salud de la señorita Holt.

(DONALD desaparece.)

THOMAS.- Volvimos a hablar con motivo del pago de la indemnización. Me pidió que le ingresáramos el importe en una cuenta corriente. No he vuelto a saber de él. A Carolyn, en cambio, la veía con cierta frecuencia. Yo la había dicho que, si Woody Allen seguía actuando en el Carlydel, me lo dijera, porque yo también opinaba que sería una buena señal.

CAROLYN.- (Desde un lateral.) El lunes toca.

THOMAS.- Me sorprendió su llamada. No la esperaba.

CAROLYN.- Woody Allen... ¡El clarinete... ¡ Pienso ir. ¿Quiere acompañarme?

THOMAS.- La acompañé. No fue la única vez. No sólo íbamos a escuchar a Allen. También, al cine. Luego solíamos dar largas caminatas. Hablábamos de todo. De todo, no. Nunca lo hicimos de su atrevido baile. A veces, cenábamos juntos. Entonces, la acompañaba hasta el portal de su casa. En una ocasión subí a su apartamento. Fue ella la que me invitó. Me hice amigo de sus amigos. Y fue uno de ellos, Stan, el que una tarde se presentó en el lugar en el que Carolyn y yo nos habíamos citado. Me dijo que no podía venir, que la excusara. Le había pedido que me entregara una carta. **(Se vuelve hacia el lateral y comprueba que CAROLYN ha desaparecido.)** Carolyn creía que todo estaba en orden y que lo seguiría estando mientras Woody Allen tocara el clarinete en el Carlydel. Y se sentía feliz de que así fuera. Sin embargo, estaba equivocada. Un día vio, en una revista, la foto de un niño afgano mutilado por un bombardeo de nuestras tropas. Le causó una terrible impresión. Arrancó la página y la guardó en el bolso. Cuando se quedaba sola, pasaba horas contemplándola. No se le iba de la cabeza que aquello no había sido un accidente, sino un acto estúpido, un ejemplo de hasta dónde puede

llegar la cólera de los imbéciles. Carolyn decidió que su sitio estaba junto a aquellas gentes, ayudando a sobrevivir a unas criaturas que no sólo no han oído hablar del once de septiembre, sino que ignoran que pueda haber un lugar en el mundo con edificios cuya altura no cabe en su imaginación. Se afilió a una ONG y viajó a un campo de refugiados en Afganistán. No se despidió de nadie. Intenté localizarla y, cuando lo conseguí, me informaron de que se había trasladado a Irak. Se daba por hecha la inminente invasión de aquel país. Se convirtió en escudo humano. Quería parar la guerra. Permaneció dos meses junto a otros voluntarios alrededor de un silo, al norte de Bagdad. Pero la guerra estalló. Carolyn no ha regresado y dudo que lo haga, al menos por ahora. Algunos de sus compañeros han sido advertidos por la Oficina de Hacienda de que tendrán que hacer frente a una multa de diez mil dólares por haber violado la prohibición de viajar a Irak sin autorización. Algunos ya han dicho que no tienen ninguna intención de pagarla. El que no lo haga, puede ser condenado a diez años de cárcel. No conozco el actual paradero de Carolyn. **(Hace una larga pausa.)** Peter también estuvo en Irak. Él sí ha regresado. Otros muy distintos a los de Carolyn fueron los motivos que le llevaron allí. Vino a despedirse.

PETER.- (Desde el fondo, con uniforme militar.) Me he alistado en los marines, señor Evans. Dentro de una semana mi compañía partirá hacia Irak.

THOMAS.- ¿Para qué? La guerra había terminado. Eso dijo el Presidente Bush el uno de mayo desde la cubierta del portaaviones Abraham Lincoln.

PETER.- Queda mucho por hacer.

THOMAS.- Estaba entusiasmado. Le pregunté si su padre aprobaba el paso que había dado.

PETER.- Al principio, no. Se ha mostrado reticente hasta que le he dicho: «ya basta, papá. Ahora soy yo el que decide». Le ha impresionado mi firmeza. Y le han convencido mis argumentos. Si muero, el apellido Larson será grabado con letras de oro en el monumento a los héroes americanos. Permanecerá vivo en la memoria de la gente.

THOMAS.- ¿Tan poco te importa morir?, le pregunté.

PETER.- El que tiene miedo a la muerte, nunca aprenderá a vivir.

THOMAS.- Peter murió. Fue en una emboscada que

tendieron a la columna en la que viajaba. Y regresó a Estados Unidos. Lo hizo en un tubo de traslado, eso que antes se llamaba bolsa de cuerpos o valija de restos humanos. Llegó a media noche a una base militar de la Costa Este. Ninguna autoridad estaba allí para recibirle, ni había cámaras que recogieran el instante. **(Peter desaparece.)** La consigna es que nadie vea los féretros. Si no hay féretros, tampoco hay cadáveres. O da la sensación de que no los hay. A Peter le han enterrado en silencio, casi en la clandestinidad. Alguien se acercó a su padre y alabó, en nombre de no se sabe que autoridad, el sacrificio del valiente soldado. Justo es reconocer que, al menos, uno de los sueños de Peter se hizo realidad. Ver al Presidente de los Estados Unidos en persona. La víspera de la acción que le costó la vida, Bush viajó por sorpresa a Bagdad para celebrar con las tropas destacadas allí el Día de Acción de Gracias. Según contaba a sus padres en una carta que recibieron cuando ya había muerto, llegó a estrecharle la mano. No pienso lavármela, escribió. Quizás lo habría hecho si hubiere tenido ocasión de saber que el pavo con que el que el Presidente posó para la prensa era de plástico.

(THOMAS da la espalda al público y contempla la silueta de Nueva York. En el hueco dejado por las Torres Gemelas aparece la Torre de la Libertad. Las luces se van encendiendo en los edificios de la ciudad y los cientos de ventanas forman un gigantesco tablero luminoso. El extremo superior de la antena que corona la nueva torre, que GARY comparara con una bayoneta, se tiñe de rojo.)